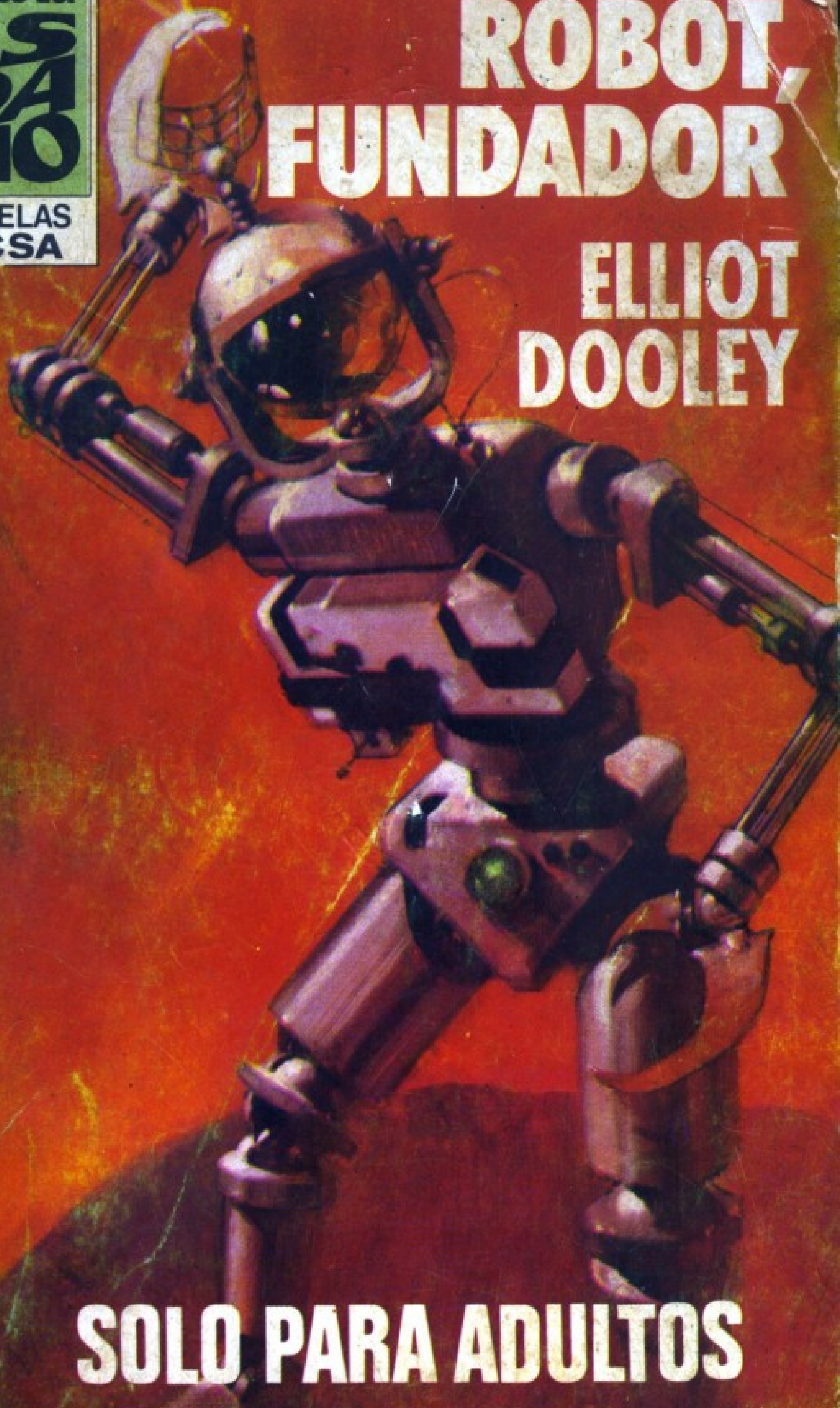
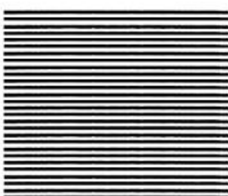
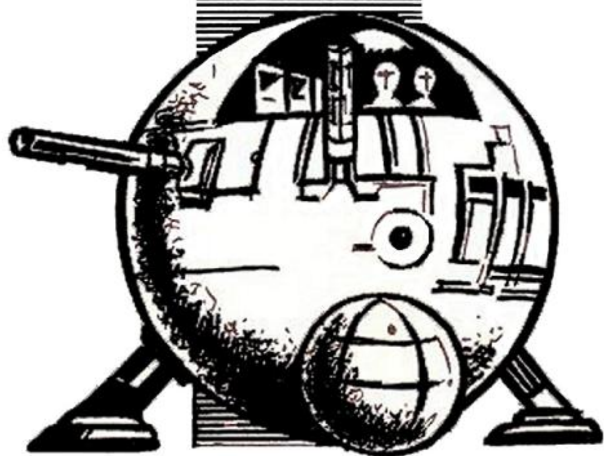

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
ROBOT, FUNDADOR
ELLIOT DOOLEY
SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ELLIOT DOONEY

ROBOT, FUNDADOR

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 93
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 33.978 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

88— **Sobrevivir es ley,.** Elliot Dooley.

89— Asalto al planeta negro, ***Rocco Sarto.***

90— El fin de un mundo, ***Lucky Marty.***

91— El vórtice del tiempo, ***Law Space.***

92— Guerreros del futuro, ***Rocco Sarto.***

CAPITULO PRIMERO

La estancia era metálica y octogonal. Una luz continua y levemente azulada se esparcía desde el techo irradiándose de forma que alcanzaba toda la sala. Ni uno solo de sus ángulos permanecía siquiera en una semioscuridad. La iluminación era perfecta. Sin embargo, allí dentro no había otra cosa que ver. Tan sólo una mesa, también octogonal, situada en el centro y orientada de forma que sus vértices y lados coincidieran con los de la habitación.

Fijándose bien podían apreciarse unas líneas paralelas a cada lado de los vértices. Correspondían a los sectores de las puertas deslizantes que permitían el acceso a la salida.

Ninguna silla, taburete o sillón. La mesa aquella era el único mueble de la estancia.

Un suave zumbido resonó en la habitación al tiempo que un panel se deslizaba para dejar paso al robot P-307.

Los movimientos de la máquina al avanzar hacia la mesa tenían una perfecta sincronización. Andaba mejor y más ligero que podía hacerlo un atleta humano, pero eso era lo natural habida cuenta de que se trataba de un robot de la serie P.

La cabeza hexagonal, ligeramente alargada en su vertical, efectuó un movimiento semicircular en tanto que los dos círculos verdes, situados en la cabeza a la altura correspondiente a los ojos humanos, despedían unos breves centelleos.

P-307 verificaba que se encontraba solo en la estancia.

Una vez el robot hubo registrado aquella circunstancia apoyó en la mesa sus manos metálicas, provistas de pinzas de triple sujeción, y presionó con controlada intensidad.

En décimas de segundo quedó al descubierto el centro del mueble, donde apareció una pantalla en la que P-307 visionó a otro robot de características diferentes a las suyas.

Se trataba de un XO-2.

El robot que acababa de aparecer en pantalla parecía ser todo cabeza y en ésta no había más que un gran círculo, verde también, con una diminuta abertura de rejilla, parecida a la de P-307, por la que ambos estaban capacitados para emitir sonidos.

—Informa P-307. ¿Hay alguna novedad?

—Afirmativo, XO-2. Detectada aproximación de astronave

humana en zona de aerolitos. Peligro mortal para sus ocupantes.

XO-2 emitió unos chirridos, que podían tomarse por gruñidos de disgusto. Luego, en su tono monocorde habitual, replicó:

—No podemos permitir que los humanos sufran daño.

—Afirmativo, XO-2. Solicito autorización para desviar el curso de la astronave.

—Autorización concedida.

Esta vez fue P-307 el que emitió los chirridos, después de lo cual preguntó:

—¿Rumbo a establecer a la nave humana?

—El que aconseje la necesidad de supervivencia.

—¿Aunque implique traerlos a nuestro mundo?

Se produjo un corto silencio.

—Aunque sea así —respondió al fin XO-2—. Sin embargo, confírmeme esa necesidad.

—Los controles de K-1.165 lo verificaron antes de venir a requerir la autorización. Para la astronave humana no hay salvación posible si no autorizamos su rumbo en la zona de aerolitos y la atraemos hasta nuestro mundo.

Nuevamente se reprodujo el silencio.

P-307 volvió a emitir otros sonidos por el orificio de rejilla y requirió una confirmación de la orden.

—¿Traemos a la nave hasta aquí?

Esta vez XO-2 no lo dudó un segundo.

—Afirmativo.

—Mensaje recibido y registrado —contestó P-307.

El robot de la serie P apartó sus manos de la mesa y la pantalla desapareció.

P-307 giró sobre sus soportes o pies metálicos y marchó hacia el panel por donde había entrado en la sala. La puerta se deslizó para dejarle paso y el robot abandonó la estancia encaminándose por un largo pasillo a la sala de control.

Ninguno de los robots K que estaban al cuidado de los mecanismos de observancia y detección abandonaron su tarea cuando P-307 entró en la amplia sala. Sólo K-1.165, instalado en su puesto de máximo control, giró la cabeza trapezoidal hacia él y sus antenas superiores parecieron vibrar cuando inquirió:

—¿Concedida autorización?

—Afirmativo —respondió P-307.

K-1.165 no preguntó nada más. Se limitó a emitir una orden en tono agudo que alcanzó todos los niveles de la sala de control.

—Atención, atención... Póngase en marcha dispositivo de emergencia para rescate de astronave humana. Repito...

Pero ya mientras K-1.165 repetía la orden, ésta era puesta en ejecución por eficientes K de la sala de control.

* * *

La astronave estaba siendo zarandeada por el violento temporal, igual que una frágil cáscara de nuez caída en mitad de un remolino.

Ni siquiera la máxima aceleración había logrado sacar aún la nave de la zona de peligro.

Los aerolitos zumbaban en torno, a grandes velocidades, como proyectiles disparados en todas direcciones.

Eran semejantes a metales ígneos, capaces de cortar el casco de la nave si la alcanzaban de lleno.

Hasta aquel momento el piloto de la astronave había conseguido eludir los choques, pero...

Tanta suerte no podía durar.

Sri Makal, el piloto, era el primero en saberlo.

«No lo conseguiré. ¡Es prácticamente imposible!»

Pero mientras él pensaba que la fatalidad se cernía inexorable sobre la nave que conducía, Sri continuaba oprimiendo pulsadores y accionando los mandos casi desesperadamente.

«Si al menos hubieran continuado funcionando los automatismos —pensó cada vez más angustiado— quizá tendríamos una remota posibilidad, pero así... ¡No tenemos salvación! ¡No, no la tenemos!»

Aquellos torturadores pensamientos parecían imprimirse en la mente de Sri Makal, cuyo nerviosismo iba en aumento a medida que transcurrían los segundos sin que él, uno de los pilotos más eficientes de la flota astral de Aldebarán lograra sacar la nave del terrible atolladero.

A su lado, el capitán Terdam no perdía uno solo de sus movimientos, compartiendo, sin decirlo, los temores del piloto.

«Si Makal no nos saca de aquí pronto, ninguno de los que estamos en la nave saldrá con vida. Esta maldita expedición parece

predestinada al fracaso desde el primer momento.»

Sri Makal lanzó un suspiro de alivio cuando, mediante una rápida y hábil finta, logró variar el rumbo de la astronave evitando el que parecía un choque inevitable.

—¡Uf! ¡Estuvimos casi a punto...!

El capitán no necesitó preguntarle de qué habían estado a punto. Lo sabía sin necesidad de que el piloto se lo dijera. A través de la pantalla fue testigo del vertiginoso acercamiento de un enorme aerolito en ignición.

Un choque habría sido mortal de necesidad.

También Terdam había dejado escapar un suspiro de alivio.

De momento el peligro había pasado.

Sólo de momento.

El capitán hizo una mueca y mirando al piloto preguntó:

—¿Hay esperanzas, Sri?

Con un encogimiento de hombros, el piloto rezongó:

—Las mismas que de meter una mano en ácido y sacarla indemne. No, capitán, apenas si hay una remotísima posibilidad. De un momento a otro nos alcanzará alguno de esos condenados aerolitos y entonces...

Sri dejó la frase en suspenso, pero el capitán pudo terminarla in mente: «Entonces..., en cuanto suframos el primer impacto, ya podremos darnos por liquidados.»

En voz alta, el capitán insistió:

—¿Mermaría nuestras posibilidades de maniobra el choque?

—¡Y tanto! Nos obligaría a reducir la velocidad de crucero y ya no podríamos esquivar tan fácilmente como ahora a los otros aerolitos. Nos alcanzarían nuevos impactos, con las subsiguientes pérdidas de velocidad y autonomía de vuelo.

Tardam se mordió el labio inferior, tremendamente preocupado por la suerte de la nave y de sus tripulantes.

Inclinando su poderoso torso sobre el panel de mandos del copiloto, oprimió un pulsador estableciendo contacto con la jefe del servicio de conservación.

—¿Cómo va eso, Salvia?

La teniente que mandaba el equipo de técnicos encargados de las reparaciones a bordo de la astronave respondió, abatida:

—Peor que mal, capitán. ¡Nos va fatal!

Antes de que Terdam le preguntara la causa de aquel pesimismo, Salvia añadió:

—Hicimos un intento para examinar si habíamos sufrido algún percance en el exterior y... perdí dos de mis hombres.

—¿Cómo?

—De la manera más idiota. Pasó un aerolito cerca y los atrajo sin que pudiésemos hacer nada para evitarlo. Desde aquí vi cómo iban hacia el aerolito, aparentemente succionados por éste, y se estrellaban contra él. ¡Debieron quedar reducidos a cenizas en un santiamén!

—Lo siento, Salvia...

—Yo también, capitán. Y lo malo es que esto no tiene vía de solución a menos que pudiésemos aterrizar en algún sitio para encontrar el fallo que ha puesto fuera de funcionamiento todos los automatismos y el ordenador. Así, en pleno vuelo y sin poder salir al exterior, es imposible hacer nada.

—Veré qué puede hacerse, Salvia. Ya le diré algo. Pero, mientras tanto, que todo su equipo siga trabajando como si les fuese la vida en ello.

Terdam cortó la comunicación son decirle a la teniente que, en verdad, a todos les iba la vida en que pudiera salirse de aquella zona peligrosa y que alcanzaran un lugar donde hacer las reparaciones necesarias para reanudar el vuelo en condiciones más normales.

Vuelto de cara al piloto, Terdam inquirió:

—¿Crees posible hacer lo que dice la teniente?

Sri rió sin ganas.

—Si pudiera sacar este trasto de aquí no sería ningún problema buscar un sitio apropiado para aterrizar. Lo malo está en que no veo aún la salida.

El piloto no la veía, y tampoco su capitán.

«Demasiados muertos llevamos ya en este viaje que parecía iba a ser de pura rutina. En realidad, soy el capitán de una nave condenada a muerte. Hemos quedado sin ordenador y no funcionan los automatismos. Un tercio de la tripulación ha muerto por una u otra causa. Y nos hallamos en una zona de aerolitos cuya extensión ignoramos sin apenas posibilidades de salir de ella antes de ser alcanzados por algún impacto... ¡Demasiado!»

El capitán Terdam pensó por un momento en la alegría que

recibió cuando se le confió el mando de aquella astronave, una de las mejores de la flota de Aldebarán.

Su misión era aparentemente fácil y rutinaria: un vuelo de reconocimiento y exploración de la linde de la galaxia.

¿Quién podía imaginar que en aquella zona fueran a encontrarse con un sector tan mortalmente peligroso como aquél!

Ni los Altos Reactores de Aldebarán ni él, desde luego.

Terdam trató de darse ánimos a sí mismo.

«Bien —pensó para sí—, toda mi vida la he pasado navegando por el espacio y siempre salí airoso. ¿Por qué esta vez tengo que fracasar y morir en el empeño?»

Era el primer astronauta de Aldebarán que llegaba a las lindes de su galaxia, el primer capitán que mandaba una astronave con la que surcaba un espacio azotado por la mayor tempestad de aerolitos que podía imaginarse. El primer hombre que en pleno vuelo espacial se quedaba sin automatismos y sin ordenador…

Demasiados primeros… y demasiadas bajas.

CAPITULO II

Terdam examinó con detenimiento todas las referencias sobre la zona, sintiendo más que nunca la falta de colaboración del ordenador. Todo lo que tenía ante él resultaba confuso, contradictorio...

Hacía casi una hora que estaban bajo la constante amenaza de los aerolitos, sin que se alcanzase a vislumbrar ía posibilidad de salir de allí, sin adivinar cuánto faltaba para llegar al final de la peligrosa zona.

«Parece como si hubiéramos entrado en un espacio infinito donde no hay planetas y sólo existen los aerolitos.»

El capitán frunció el entrecejo, cada vez más preocupado.

Sri Makal continuaba en su puesto, pero ya empezaba a acusar el cansancio.

Igual que les pasaba a todos los tripulantes.

La hora de extrema tensión que estaban viviendo les agotaba y ponía al borde de la extenuación, del histerismo.

Terdam sentía algo extraño en su cuerpo, sometido a una casi absoluta inmovilidad.

Volvió a incorporarse en su asiento para comunicar con su oficial de seguridad y segundo de a bordo.

—¿Qué tal van por ahí las cosas, Kartosh?

—No pueden ir peor, capitán.

—¿Por qué?

—La moral de la gente está bajísima.

Terdam soltó un gruñido de descontento mientras el oficial de seguridad añadía:

—Ver tantos aerolitos les está poniendo nerviosos.

—¡Que no los miren!

—Imposible, capitán. Ya sabe que no funcionan los automatismos, por lo tanto, no hay medio de producir algún programa de entretenimiento.

—¿Comentan algo?

—Sí, capitán. Algunos hablan ya de desamparo y de estar abocados a una muerte cierta.

—¿Se resignan?

—Todo lo contrario. Se muestran exigentes y levantiscos. Son

capaces de provocar un motín.

—¡Imbéciles! ¡Ni que aquí estuviésemos mano sobre mano!

—Sé que no es así, capitán, pero...

—Entiendo, Kartosh.

El capitán masculló algunas maldiciones en voz baja, luego se sobrepuso y ordenó:

—Hable a esa gente y dígales que estamos procurando salir de la zona de aerolitos, que no creemos que nos falte demasiado...

—¿Es cierto eso, señor? —interrogó ansiosamente el oficial de seguridad.

—¡Por todos los dioses del Cosmos, no! ¡No tenemos ni idea de lo que nos falta recorrer aún para salir de esta mierda!

—¿Entonces...?

—Invéntese lo que quiera, dígales lo que les plazca. Yo no lo desmentiré si alguien viene con preguntas, pero impida que cometan locuras. ¡Eso sería abocarnos directos a la catástrofe!

—De acuerdo, mi capitán. Haré cuanto pueda.

—Gracias, Kartosh. ¡Y buena suerte!

—Me hará falta, señor. Gracias también.

Terdam cortó la comunicación con el oficial de seguridad y llamó de nuevo a Salvia.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Desgraciadamente, no, capitán.

—¿Aún no han localizado la causa de la avería?

—Seguimos trabajando en ello, pero ya le dije que si no podíamos tomar tierra...

—Lo sé, lo sé, pero eso es imposible por el momento.

—En ese caso seguiremos buscando, aunque sea dando palos de ciego. ¡Si contáramos con el ordenador!

—Claro, Salvia, y si estuviéramos en casita tampoco tendríamos problemas, pero estamos aquí y el ordenador no funciona. ¡Sigan trabajando!

—Sí, mi capitán —replicó ella en tono seco.

Terdam hizo caso omiso de la ácida respuesta, que dejaba traslucir el malhumor reinante.

El capitán echó una ojeada al panel de conexión con el ordenador, aun a sabiendas de que no iba a ver nada nuevo.

En efecto, la pantalla continuaba gris y sin que en ella apareciese

el menor dato.

La situación no había variado ni un ápice.

Con gesto desesperado, Terdam se repantigó en su asiento y volvió a sumirse en sus cavilaciones.

* * *

K-1.165 empezaba a recibir en la sala de control las primeras comunicaciones con los datos precisos sobre la situación de la nave de los humanos.

Las conclusiones proporcionadas por el cerebro electrónico eran en verdad alarmantes.

Las antenas de K-1.165 vibraron como agitadas por aquellos datos que amenazaban la vida o la integridad de los humanos que tripulaban aquella nave.

XO-2 estableció contacto en ese instante con los robots de la clase K.

—¿Ha sido programado el dispositivo de rescate?

—Afirmativo.

La respuesta llegó a XO-2 por el canal ordinario de K-1.165.

—¿Puesta en ejecución?

—Pendiente de últimas verificaciones.

—¿Demora prevista?

—Catorce minutos y veintitrés segundos.

—¿Posibilidad de aceleración?

—Negativo.

La pantalla situada delante de K-1.165 se iluminó para dar paso al texto de la primera ley de la robótica:

«Un robot no debe dañar a un ser humano, o, por falta de acción, dejar que un ser humano sufra daño.»

K-1.165 estiró su brazo mecánico y una de las pinzas de la mano pulsó el conmutador, al tiempo que vibraban las antenas y del orificio de la rejilla partían sonidos de respuesta.

—Recibido mensaje significando estar cumplimentando la primera ley sin incurrir en falta señalada en segunda parte de la misma. Demora obligada por necesidades técnicas, no por animadversión de robots a humanos.

La cabeza de XO-2 volvió a aparecer en pantalla. Su enorme

disco verde lanzó destellos de fulgurante luz verde, al par que de la abertura de rejilla procedían nuevos sonidos.

—Demora justificada no basta para acelerar misión de rescate. Obren en consecuencia.

—Afirmativo.

La pantalla se oscureció desapareciendo de ella la imagen de la enorme y metálica cabeza de XO-2.

Las antenas vibrátiles de K-1.165 volvieron a agitarse, como si las agitara una extraña brisa, cuando el robot introdujo las nuevas consignas en el ordenador.

Los zumbidos de la perfectísima máquina crecieron de tonalidad y se hicieron más persistentes y continuados. Al mismo tiempo los robots de la clase K pasaron a una actividad más acelerada.

Del ordenador salió la cinta con la respuesta requerida.

K-1.165 aplicó el resultado a su panel direccional y casi de modo instantáneo entró en actividad la sección móvil.

En la plataforma de lanzamiento se abrieron Más compuertas que permitían el acceso a la superficie de una estación espacial de observación.

En cuestión de segundos la estación fue ocupada por la dotación correspondiente de robots. Los H-W, especializados en transmisiones, los H-N, caracterizados para la técnica de recuperación, y los H-D, programados para toda clase de asistencia y reparaciones.

Metódica y maquinalmente, los robots fueron ocupando sus puestos dentro de la estación espacial.

H-W-102 estableció contacto con la sala de control.

—Operación de rescate programada pendiente de ejecución. Requerimos autorización de salida.

—Autorización concedida —respondió K-1.165.

Tras aquella respuesta los propulsores de la estación espacial entraron en funcionamiento. La enorme máquina pareció estremecerse en la plataforma de lanzamiento, para elevarse de inmediato en dirección al firmamento.

Los robots de aquel mundo mecanizado iniciaban ya la misión de rescate que se habían impuesto, en cumplimiento de la primera ley de la robótica.

La estación espacial e alejó a la máxima aceleración de la

plataforma de lanzamiento, y de su mundo, para tomar la dirección de la linde de su galaxia, que era fronteriza con la zona de los aerolitos donde se estaban agudizando los problemas y peligros que asediaban a una nave de Aldebarán tripulada por seres humanos.

Desde la sala de control, K-1.165 mantenía el contacto con la misión rescate.

—Continuar con canales de comunicación abiertos en previsión de situaciones de emergencia.

—Mensaje recibido. Positivo.

Tras aquella respuesta de H-W-102 la estación prosiguió su avance a fin de alcanzar el límite operacional, de acuerdo con lo establecido en la tercera ley de la robótica, según la cual ningún robot podía poner en peligro su existencia.

Minutos más tarde la estación espacial alcanzaba el punto fijado para iniciar la operación de rescate.

CAPITULO III

El capitán Terdam rebulló en su asiento. Sentía molestias en todo el cuerpo como si los músculos se le estuvieran anquilosando. A ello se unía además una extraña comezón u hormiguillo que le hacían cambiar de postura cada dos por tres. Era ya demasiado tiempo el que llevaba allí, en el puesto de mando de la nave, sin hacer otra cosa que permanecer a la expectativa.

Aquella espera se estaba haciendo desesperante.

Terdam no podía apartar de su mente lo que le dijera su oficial de seguridad poco antes. Gran parte de la tripulación estaba excitada y podía amotinarse. De suceder eso las consecuencias serían fatales... para todos.

Sólo manteniéndose unidos, trabajando codo a codo, disciplinadamente, podrían salvar aquella situación.

Salvarla... si es que eso era todavía posible.

Y esa posibilidad, a juzgar por la actitud y el nerviosismo de Sri Makal, era cada vez más remota.

Terdam sabía que muchos de los tripulantes, hombres o mujeres, le temían y que ahora incluso habría quien le odiase.

El capitán se encogió de hombros como si considerase que eso era lo normal dadas las circunstancias.

En aquellas fechas los viajes estelares no ofrecían demasiadas complicaciones, mientras se efectuaban dentro de la propia Galaxia. Los problemas sólo se presentaban cuando las astronaves abandonaban sus límites y efectuaban viajes de reconocimiento o de exploración.

Precisamente lo que ellos estaban haciendo.

Al avanzar su nave hacia la zona de los aerolitos marcharon en dirección a lo desconocido. Sin mapas astrales, ni cartas de navegación, ni tan siquiera referencias por no decir datos.

Allí estaba el gran problema, que no sabían qué era mejor, si dar media vuelta y tratar de escapar por donde habían llegado o si era preferible continuar adelante confiando en que aquella zona tan peligrosa no fuera excesivamente extensa.

Volver atrás...

Terdam se estremeció al pensar en los peligros que acababan de sortear y en cuál sería la reacción de los tripulantes si él daba

aquella orden.

—Enloquecerán... —murmuró entre dientes—. Será peor el remedio que la enfermedad.

Recapacitando sobre la situación, el capitán optó por continuar hacia delante.

«Al menos —se dijo—, mientras crean que hay la posibilidad de salir de esta zona no cometerán ninguna locura. Pero... ¿cuánto tiempo aguantarán?»

Aquella era otra incógnita que él no podía resolver.

Y sin embargo debía intentarlo.

Sí, pero ¿cómo?

«Si al menos funcionaran los automatismos —pensó irritado—, podría intentarse ofrecer un programa sedativo a la tripulación y hacer que dejaran de pensar en los peligros que nos amenazan, pero como eso nos ha fallado no hay solución... ¡No la hay!»

En ese momento se encendió la luz verde del panel indicando que alguien quería comunicar con el puesto de mando. Terdam se inclinó hacia delante y estableció contacto.

—Al habla el capitán.

En pantalla apareció inmediatamente el rostro agraciado de Hanza Bsho, subteniente de vigilancia.

—Solicito entrevista para información de emergencia.

—¿Qué ocurre, Hanza?

—Creo preferible comunicárselo en persona sin pasar por el canal habitual, capitán.

Terdam frunció el entrecejo y fijó su mirada en el rostro que estaba en pantalla. La subteniente era una joven sumamente agraciada, cuya sonrisa era uno de sus mayores atractivos. Pero en ese instante Hanza Bsho mostraba un semblante tirante, casi podría decirse atemorizado.

«Debe tratarse de algo muy grave —pensó el capitán—, para que le afecte tanto y haya perdido su sonrisa.»

Entonces respondió en voz alta:

—De acuerdo, subteniente. Venga al puesto de mando.

—Gracias, señor —dijo ella.

Y cortó la comunicación.

Terdam volvió a retreparse en su asiento y aguardó unos minutos, inquieto.

La joven no tardó en presentarse a él.

—A sus órdenes, capitán. Le agradezco me haya autorizado a venir...

—Dijo que se trataba de una emergencia —cortó él, tajante—. ¿De qué se trata?

Hanza tragó saliva antes de responder.

—Mi servicio ha detectado la acción de unas ondas de succión que inciden sobre la nave.

—¿Cómo ha dicho? ¿Ondas de succión?

—Sí, mi capitán.

—En el puesto de mando no hemos notado nada parecido. ¿En qué se basa para afirmarlo?

—En un hecho característico, capitán. Las ondas a que me refiero están actuando sobre nuestro rumbo.

Terdam se volvió para mirar al piloto, que estaba oyendo aquella conversación y miraba con incredulidad a la subteniente.

—¿Qué dice a eso, Sri?

—Yo no he notado ninguna variación, capitán —respondió el piloto.

La subteniente insistió.

—La variación es poco perceptible pero se está produciendo. Compruébelo, Sri. Hace unos minutos mi servicio registró el paso por las coordenadas LAT-107 y LONG-30, pero el indicativo de rumbo marcaba LAT- 105. Hay por lo tanto una variación de dos puntos.

Sri Makal reaccionó con rapidez y, tras eludir el choque con un aerolito que se había aproximado peligrosamente a la astronave, pulsó los controles de situación.

El piloto lanzó una exclamación de desconcierto

—¿Es cierta esa variación? —le preguntó el capitán.

—Ha aumentado en los últimos minutos, señor —replicó Sri.

—¿Cómo?

—Véalo usted mismo, señor. Mi rumbo estaba fijado en LAT-105 y ahora estamos ya en LAT-108. ¡La variación es de tres puntos!

Terdam palideció al hacer la comprobación.

—Algo nos está apartando de nuestra ruta... Algo... o alguien. Pero ¿por qué?

Ni Sri Makal ni la subteniente contestaron a su pregunta. Se

limitaron a mirarle expectantes. Ellos eran simples subordinados. Las decisiones debía ser él quien las tomara. Por algo era el capitán de la nave y el jefe de la expedición.

Terdam se encaró con la subteniente.

—¿Quién más está enterado de esto?

—Sólo el personal de mi servicio.

—¿No lo han comentado con nadie?

—No, mi capitán.

—¿Está segura de ello, Hanza?

—Del todo, mi capitán. Fue precisamente por eso que solicité entrevistarme con usted para darle la información sin pasarla por ningún canal que pudiera ser captado. Comprendí que la cosa era grave y...

—Lo es, Hanza —atajó el capitán—. Y ha hecho muy bien. La felicito.

—Gracias, señor. ¿Qué hacemos ahora?

—Vuelva a su puesto y controle las variaciones que puedan producirse, no sólo en nuestro rumbo, sino también y sobre todo en aquello que pueda afectar a la nave y la tripulación, a su funcionamiento, capacidad, etcétera.

—Perfectamente, señor.

—En cuanto a la comunicación con el puesto de mando dispondré para su servicio de un canal en exclusiva que no podrá ser interceptado por nadie.

—Entiendo, capitán.

—No olvide que esto es ahora ya un secreto de alta seguridad. El único que será informado del asunto será Kartosh. ¿Está claro, subteniente?

—Sí, mi capitán.

Y, saludando con rigidez militar, la joven hizo chocar los tacones de sus botas, dando luego media vuelta y abandonando la cabina de mandos.

Terdam se volvió entonces hacia el piloto.

—¿Más variaciones? —le preguntó.

Sri asintió con un gesto.

—Otro punto más, capitán.

—¿Qué puede significar eso?

El piloto se encogió de hombros al responder.

—La verdad es que no lo sé, pero...

Terdam le miró expectante.

—¿Qué? —inquirió—. ¡Diga lo que está pensando!

—Es que puede parecerle una tontería...

—Déjese de vacilaciones y explíquese, Sri.

—Verá, capitán. Se trata sólo de una idea, una teoría que carece de toda base.

—De acuerdo. Pero expóngala.

Sri Makal dejó escapar un gruñido de asentamiento al tiempo que señalaba a la bobina donde se inscribía el gráfico de la ruta que seguía la astronave.

—En las variaciones que se han producido hasta ahora, y que continúan produciéndose, puede observarse una cierta continuidad. Son escalonadas, sin brusquedades...

—Conforme. ¿Y...?

—Yo estoy observando algo más.

—¿Más? —repitió el capitán.

—Sí, y a decir verdad, eso me parece tranquilizante.

Terdam fijó una mirada de extrañeza en el piloto.

—¿Qué le lleva a esa conclusión?

—Sencillamente, señor, que los aerolitos no siguen lloviendo ya contra nosotros con la frecuencia y peligrosidad de antes. La incidencia es ahora mucho menor.

El capitán se mordió el labio inferior, recapacitando sobre aquellas palabras, mientras Sri Makal añadía:

—Tengo la vaga impresión de que sobre nosotros está actuando algo... o alguien, a través de esas ondas de succión de que habló la subteniente Bsho, para sacarnos de la peligrosa zona de los aerolitos llevándonos a una ruta que nosotros ignoramos pero que nuestro guía, llamémosle así, conoce a la perfección.

Cada vez más perplejo, Terdam efectuó unas comprobaciones al término de las cuales, soltó un bufido.

—Creo que tiene razón, Sri. La lluvia de aerolitos ha aminorado en número y peligrosidad.

En ese instante le llegó la señal del servicio de vigilancia requiriendo una nueva comunicación.

Terdam abrió el contacto inmediatamente.

—¿Alguna novedad, subteniente? —preguntó.

—Sí, mi capitán. Acabamos de detectar la potencia de las ondas de succión.

—Bien, concrete.

—Tienen una fuerza de arrastre de 12.000 opers que al actuar sobre nuestra astronave ha acrecentado la velocidad de crucero en 2,7 MACH.

El capitán no pudo por menos que dejar escapar un silbido. La subteniente esbozó una sonrisa en pantalla y preguntó:

—¿Alguna orden, señor?

Terdam movió la cabeza negativamente.

—Limítese a seguir constatando cuanto se produzca y continúe comunicándolo al puesto de mando.

—Perfectamente, señor. ¿Informo al oficial Kartosh?

—No. De él me encargo yo.

La subteniente no replicó y cortó la comunicación.

Terdam se encaró de nuevo con el piloto.

—¿Qué me dice ahora?

—Esto confirma mi teoría, señor.

—Sí. Yo lo pienso también.

—¿Entonces…?

El capitán respondió con una mueca.

—Ya que hemos encontrado algo… o alguien, que sabe mejor que nosotros el camino a seguir para salir de esta zona, dejemos que nos saque de apuros. Después llegará el momento de las aclaraciones. ¿Entendido?

—Sí, capitán. Y si me lo permite, ya que los otros tienen esa potencia de arrastre, reduciré nuestra velocidad para gastar menos combustible.

—Excelente idea, Sri.

El piloto accionó los mandos para restar aceleración a la astronave. Por su parte, Terdam abrió el canal de comunicación con su oficial de seguridad.

—Hay novedades, Kartosh.

—¿Buenas, capitán?

—Inmejorables.

—¡No sabe qué alegría me da, señor!

—¿Pudo tranquilizar a la gente?

—Un poco…, pero aún están en pían levantisco.

—Bien. Hábleles ahora y dígales que ya estamos saliendo de la zona más eligrosa, que los aerolitos no llueven sobre nosotros con la fuerza de antes y que es probable que, a no tardar mucho, estemos a salvo dentro de poco.

—Lo celebro, señor.

—Espere, Kartosh. Hay algo más.

—¿Más, señor?

—Sí. Cuando termine de dirigirse a la tripulación y consiga calmar un poco los ánimos venga al puesto de mando.

En pantalla pudo verse cómo se ensombrecía el rostro del oficial de seguridad. Kartosh acababa de comprender que las cosas no se presentaban tan fáciles como había dicho el capitán. El segundo de a bordo entendió que su jefe se había guardado algo y que sólo se lo diría a él, en persona, y no a través de los habituales canales de comunicación.

Kartosh fue a preguntar algo a su capitán, pero ya éste había cortado el contacto.

—¿Todo en orden? —preguntaba Terdam en aquel instante al piloto.

—Sí, capitán. Disminuí la aceleración, pero la velocidad se mantiene constante.

—Perfecto —murmuró Terdam—. Eso quiere decir que «lo que sea» está decidido a sacamos de aquí. El porqué y el para qué lo sabremos después.

CAPITULO IV

Las transmisiones efectuadas por H-W-102 iban siendo registradas en la sala de control. Casi simultáneamente K-1.165 las trasladaba a la sección de P-307, que se mantenía en continuo contacto con XO-2 para centralizar toda la información.

—Las ondas de succión han incidido en la nave de los humanos influyendo en su rumbo...

—La potencia de arrastre aplicada está ajustada a las condiciones de la astronave y ha sido aumentada su velocidad para que salga con la mayor rapidez de la zona de peligro...

—Detectada aminoración de velocidad en la nave de los humanos, corregida inmediatamente por nuestra estación espacial acrecentando potencia de arrastre manteniéndose así la constante de aceleración prevista.

La última de aquellas comunicaciones provocó una reacción en P-307 que recabó instrucciones de XO-2.

—Incomprensible acción de humanos reduciendo su velocidad. Solicitando confirmación de mantenimiento de plan de rescate.

—Confirmación positiva —respondió XO-2.

—¿Hay motivaciones justificadas para el proceder de los humanos al reducir aceleración?

—Afirmativo.

P-307 emitió unos sonidos chirriantes por su orificio de rejilla, como si protestara de aquella conclusión, que, al parecer, resultaba desconcertante para él.

—No estoy programado para entender y asimilar pensamientos y acciones de humanos.

—Afirmativo.

Los chirridos de P-307 se dejaron oír de nuevo y XO-2 correspondió a ellos con una explicación.

—Los humanos tienen sistemas mentales muy notables y altamente curiosos, a veces incluso desconcertantes. Pero, con todo, no son tan eficientes como los de nuestro cerebro electrónico y supremo rector. Además, existe en ellos una base sentimental y pasional que permite el uso de un común denominador o generalización de los conceptos básicos que es válido para todos.

XO-2 emitió varios sonidos que indicaban estaba recibiendo

nuevos datos para ampliar las explicaciones que estaba dando.

—La decisión humana de reducción de velocidad es fácilmente comprensible. Nuestros datos señalan una intencionalidad de ahorro de combustible al haber comprendido los tripulantes de la astronave que están sometidos a una fuerza de arrastre exterior que es superior a su potencialidad.

Nuevamente chirrió P-307 antes de preguntar:

—¿Mantendrán los humanos un poder de decisión luego de haber entrado en nuestro campo operativo?

Varios sonidos susurrantes y metálicos se produjeron antes de que XO-2 diera la respuesta.

—Negativo en lo esencial. Afirmativo en lo accesorio.

—¿Aceptarán los humanos la pérdida de su poder de decisión en lo esencial?

—Afirmativo.

Y, tras una respuesta tan tajante, XO-2 amplió el concepto.

—Desde el momento en que la astronave humana salga de la zona de los aerolitos, mortal para ellos, quedarán bajo control de nuestro cerebro electrónico rector. Nuestras leyes nos exigen que les ayudemos y protejamos, pero sin que ello ponga en peligro la supervivencia de los robots. Cualquier manifestación de hostilidad por parte de los humanos provocará una reacción que, sin entrañar daño para ellos, equivaldrá a la erradicación de nuestro mundo del peligro que los humanos pudiesen representar.

Esta vez los chirridos de P-307 equivalían a manifestaciones de satisfacción y de conformidad. Y XO-2 añadió:

—Tomar decisiones importantes y graves es una tarea difícil. Los robots ahorraremos a los humanos este trabajo decidiendo por ellos y haciéndolo con la mayor eficacia. Quienes vienen a bordo de esa astronave carecen de datos para operar debidamente. Nosotros controlamos la situación y seguiremos haciéndolo, con la ventaja sobre los humanos que carecemos de pasiones y sentimentalismos como ellos y que los robots estamos programados' para realizar a la perfección tareas específicas muy concretas. La especialización es otra de nuestras ventajas sobre los seres humanos. De ahí que no tendrán más remedio que aceptar nuestras decisiones y acatarlas.

P-307 rechinó una vez más.

—¿Qué se hará en caso de resistencia por parte de los humanos a

las decisiones del cerebro electrónico rector?

—El programa de respuesta está dispuesto en su carácter de estudio preventivo, pero aún no es el momento de tomarlo en consideración. Si el hecho se produjera todos los robots recibirán las instrucciones pertinentes al caso.

—Mensaje registrado. Paso instrucciones al operativo de la base espacial. Se continúa el plan de rescate.

Después de eso, X02 cortó la comunicación y dejó que los acontecimientos siguieran su curso.

* * *

—¿Qué sucede, capitán?

—Ahora mismo se lo explicaré, Kartosh. Siéntese.

El segundo de a bordo se instaló frente a su jefe y le miró expectante.

—Creí entender que usted no deseaba informarme a través de lo canales habituales de comunicación.

—Cierto, Kartosh.

—Eso quiere decir que el peligro no ha pasado, ¿verdad?

Terdam hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Lo que le dije de que estamos saliendo de la zona de aerolitos es cierto, pero no somos nosotros quienes estamos haciendo la maniobra. Algo... o alguien nos dirige. -

—¿Cómo?

—Como lo oye, Kartosh.

El capitán hizo una breve pausa, haciendo caso omiso de la mirada de alarma de su subordinado.

—Nuestra nave está sometida a una fuerza extraña y ajena que nos arrastra fuera de la zona de peligro.

—Imagino que es innecesario preguntar si eso se ha comprobado, claro.

Terdam hizo un gesto de asentimiento.

—Tanto lo hemos comprobado que luego de haber registrado la velocidad de crucero, estableciéndola en 2,7 MACH, Sri la ha reducido para ahorrar combustible. Y sin embargo la velocidad se mantiene constante, lo que indica sin lugar a dudas que quien sea o lo que sea ha intervenido para que no se produjese tal variación.

Además sabemos también la potencia de arrastre. ¡12.000 opers!

El oficial de seguridad emitió un suave silbido que denotaba su asombro. Repitió en voz baja aquella cifra como si le pareciera imposible y miró con aire interrogante a su superior.

—Le he dicho esto —explicó Terdam— para que comprenda que nos encontramos ante una situación de consecuencias imprevisibles.

—Lo entiendo, señor.

El capitán se puso en pie y anduvo unos pasos por la cabina sin decir palabra. Tenía las manos a la espalda y cruzaba y descruzaba los dedos una y otra vez. Aunque su aspecto exterior denotaba calma, quienes le conocían bien podían darse cuenta de que estaba esforzándose por dominar sus nervios.

Kartosh no se atrevió a formular la pregunta que quemaba sus labios y optó por esperar a que fuera él quien hablase.

—Sri Makal me ha mostrado la nueva trayectoria que se nos ha impuesto y eso me ha llevado a una conclusión.

—¿Cuál, señor?

—La de que nos hallamos a merced de una inteligencia extraordinaria, la cual cuenta con medios mecánicos más poderosos que los nuestros y que está en condiciones de imponer su voluntad sobre nosotros sin que, probablemente, podamos hacer nada para evitarlo.

El oficial de seguridad emitió un gruñido, que podía considerarse como la expresión de una rabiosa impotencia.

Terdam reanudó su paseo por la cabina sin que su segundo osara cortar el hilo de sus pensamientos, en los que el optimismo brillaba por su ausencia.

Al cabo de unos segundos se detuvo el capitán y encarándose con Kartosh dijo:

—Considero innecesario insistir en el hecho de que ya no corremos peligro de ser alcanzados por un aerolito y que, aún en el caso de que fuera así, nuestro guía, llamémosle así de momento, seguiría protegiéndonos y nos sacaría con bien de esta zona que ha podido ser mortal para nosotros. ,

—Bueno, eso al menos ya es un alivio.

—En efecto, lo es, pero… ¿y después?

Los dos hombres se miraron con fijeza.

Ambos experimentaban una inquietud similar.

—¿Qué sucederá después? —insistió Terdam, hablando en tono reconcentrado, como si lo hiciera consigo mismo—. Una vez hayamos salido del peligro actual, ¿podremos consideramos a salvo?

Un gruñido de Kartosh fue la respuesta. Equivalía a decir que quizá escaparían de la sartén, para caer en las brasas.

Ese era también el pensamiento del capitán que lo expresó diciendo:

—Ignoramos el origen y la finalidad de la fuerza que actúa sobre nuestra nave. Sabemos que la mueve una inteligencia, pero ¿es amiga o enemiga? ¡Ahí está la cuestión!

Kartosh se puso en pie a su vez.

—Hasta que no hayamos salido de aquí no sabremos a qué atenemos. Todo lo que podamos decir ahora no será más que suposiciones sin base ni fundamento. Sin embargo…

El capitán le miró interrogativo. Y Kartosh concluyó:

—Tomaré todas las medidas necesarias para hacer frente a cualquier emergencia. Si luego no hace falta actuar no se habrá perdido nada, pero si fuese preciso hacerlo, al menos no nos pillarán desprevenidos.

—Me parece bien, Kartosh, pero le recomiendo mucha prudencia. Ya sabe que en principio, nuestro desconocido guía y actual protector parece ser mucho más poderoso que nosotros. No nos conviene, bajo ningún pretexto, que detecte alguna hostilidad por nuestra parte, que podría tener fatales consecuencias.

—Lo sé, señor, y haré lo imposible para que no recele de nosotros. Estaremos alerta, pero sin que se note.

Terdam sonrió y despidió a su segundo.

* * *

La subteniente Bsho se echó hacia atrás en su asiento y reclinó la cabeza en el dorsal, exhalando un suspiro.

La joven se sentía terriblemente cansada. La tensión que había estado soportando hasta ese momento la había dejado casi extenuada.

«Ha sido demasiado trabajo —pensó—. Creo que si hubiese durado un poco más no lo habría soportado.»

Giró el rostro hacia la derecha y se fijó en su ayudante, Lon

Malesh, que estaba enfrascado en la observación del visor con el que controlaba a sus hombres, vigilando que ninguno de ellos abandonara el servicio o se distrajera.

Hanza miraba a su ayudante como una mujer, no como el jefe que observa a un subordinado. La razón de que se comportase así estaba más que justificada. Lon Malesh era uno de los hombres más apuestos y atléticos de la tripulación. Se decía que no había hembra que se le resistiera, a lo que contribuía también los elogios que hacían de él las «afortunadas».

La subteniente se relamió al recordar lo que le dijera Salvia, la jefe del servicio de conservación: «Me estrujó como si quisiera convertirme en pulpa y luego me envió al infinito de un solo impulso. ¡Qué hombre! ¡Qué manera de dar placer!»

Hanza se agitó en su asiento tremendamente nerviosa y excitada. La verdad era que sentía envidia de Salvia y de las demás «afortunadas».

«¿Por qué no me dice nada? ¿Por qué no intenta llevárseme a su cabina o venir a la mía? ¿Es que no me encuentra de su gusto o es que por ser yo su jefe directo no quiere saber nada conmigo...? Si se decidiera...»

La joven y atractiva subteniente volvió a pasarse la lengua por los labios, humedeciéndolos, y haciéndose la ilusión de que él la estaba besando.

Hanza se fijó entonces en que él se había vuelto y la estaba mirando. Fingió no haberse dado cuenta de ello y estiró los brazos como si se desperezara, consciente de que su ajustado uniforme pondría de relieve las protuberancias voluptuosas de sus senos.

No erró en sus cálculos la subteniente.

Lon Malesh se levantó y fue hacia ella mirándola con ojos brillantes de deseo.

—Pareces muy cansada, Hanza.

—Lo estoy. Daría cualquier cosa por poder tumbarme en mi litera, por relajarme...

El avanzó la mano derecha hacia el busto turgente y, sin dejar de mirarla a los ojos, murmuró:

—Yo conozco un remedio excelente para relajarse.

—¿De veras?

—Y tan de veras, como que es algo que no falla nunca.

Hanza se relamió y su voz enronqueció al responder.
—Me gustaría probarlo...
La mano de Lon se movía ya acariciante sobre el pecho de la subteniente, que no pudo evitar un estremecimiento. El lo notó y sonrió mostrando sus dientes lobunos, inclinándose para besarla en los labios, que se abrieron instintivamente al par que las lenguas de ambos se buscaban codiciosas.
El beso se hizo intenso, prolongado.
Lon recogió en sus brazos a la mujer haciéndola levantar de su asiento para apretarla contra su cuerpo, al tiempo que la diestra se movía por el busto desabotonando el uniforme.
—Eres deliciosa... y estás ardiendo —añadió Lon al pasar las yemas de sus dedos por la carne palpitante de los serios.
Ella gimió y volvió a besarle mientras Lon la aplastaba contra el muro, presionándola para que notase la dureza apremiante de su virilidad y cuanta era ya su excitación.
Hanza suspiró de placer y, separando su boca de los labios voraces de Lon, susurró:
—Vamos a mi cabina... Vámonos.
El emitió un gruñido de asentimiento y se disponía ya a seguirla cuando una voz autoritaria les hizo detenerse en seco.
—Atención, subteniente Bsho. Situación de emergencia. Repito: Situación de emergencia. Todo el personal de los servicios de seguridad debe permanecer en sus puestos hasta nuevo aviso.
La voz inconfundible del oficial Kartosh acababa de cortar el impulso pasional de los dos jóvenes.
Hanza miró a su apuesto ayudante con rabia y pena entremezcladas, con hambre insatisfecha.
—Tenemos que dejarlo para más tarde...
Apabullada volvió sobre sus pasos y se detuvo junto a su asiento. Sentía su cuerpo como desmadejado, roto por aquel deseo que no había llegado a saciar y que la consumía.
Tampoco Lon Malesh se sentía mucho mejor. Rezongó algo ininteligible entre dientes y regresó a su puesto frente al visor de control.
Antes de sentarse los dos se miraron.
Irritados, excitados, malhumorados...
Si en aquel momento se hubiera puesto a su alcance el culpable

de la situación de emergencia, Lon Malesh lo habría hecho pedazos. Por su causa se había perdido el placer de disfrutar de aquel sabroso bombón.

Y Hanza, por su parte, sentía una intensa comezón en su cuerpo, que la hacía removerse igual que si se hubiera sentado sobre un nido de hormigas carniceras.

Pero lo cierto era que, les gustase o no, por orden de Kartosh estaban en situación de emergencia.

CAPITULO V

La estación espacial era un pequeño punto metálico situado en las proximidades de la linde de aquella Galaxia, muy cerca de la zona divisoria y la barrera de aerolitos que, en cierto sentido, la servía de protección.

Aparentemente inmóvil, la estación se hallaba situada ya en la órbita prefijada por el cerebro electrónico rector, calculada como la más idónea para la misión que le fuera asignada a su tripulación.

De la estación espacial partían sin ninguna intermitencia las ondas electromagnéticas de succión .que incidían en la zona de los aerolitos hasta alcanzar la nave de los humanos, para proceder a su arrastre y sacarla de aquella amplia franja tan peligrosa, que podía ser mortal para ellos.

Una de las leyes fundamentales de la robótica se estaba cumpliendo: una tripulación de humanos en peligro no sufrirían ningún daño gracias a la intervención y ayuda de los robots.

Así estaba establecido.

Así tenía que ser.

Y así era.

La operación de rescate la estaban realizando los H-

N con su habitual eficiencia. Por algo sus ejecutantes eran robots programados exclusivamente para llevar a cabo tareas especializadas de recuperación. Y por eso era también que los H-N cumpliesen su tarea tan pausada como eficazmente.

Todo estaba en orden a bordo de la estación espacial. La verdad es que no había razón alguna para que no fuese así. El programa de rescate había sido establecido con minuciosa perfección por el cerebro electrónico rector tras haber sido computados los datos correspondientes a la nave y sus ocupantes.

Nada, absolutamente nada, podía alterar las coordenadas ni los parámetros meticulosamente establecidos por el cerebro electrónico en el que no podía darse el menor fallo. Y menos que ninguno el fallo humano.

Allí todo era perfecto, porque perfectas eran las máquinas encargadas de llevar a término la misión.

Una misión que podría parecer casi imposible a cualquier humano, pero que pisaba a ser rutinaria para los especializados

robots.

H-W-102 mantenía abiertos los canales de comunicación con su mundo para informar continuamente acerca de la marcha de la operación de rescate.

Desde la cabina de transmisión se remitían a la sala de control todos los datos que se recibían de la nave de los humanos, a fin de que, debidamente informado, el cerebro electrónico rector pudiese introducir cualquier nuevo dato o variante si el caso lo requería.

Por su parte, los robots de la serie H-D permanecían en sus puestos a la espera de su entrada en acción, como les correspondería si era preciso un servicio de asistencia o de reparación en la nave de los humanos para poder llevarla hasta su mundo.

Sí, a bordo de la nave espacial todo estaba en perfecto orden, porque allí no había humanos que se dejaran arrastrar por su temperamento, por ninguna pasión, ni por los nervios.

Allí sólo había robots, que, todos ellos y cada uno en su especialidad, eran perfectos.

La misión de rescate continuaba desarrollándose como estaba previsto y sin contratiempos.

Un sordo zumbido resonó en la cabina de control de la estación espacial y H-N-31 recogió el mensaje que acababa de ser registrado para pasarlo automáticamente a H-W-102 y que éste lo transmitiese a su vez a su mundo con destino al cerebro electrónico rector, al que incumbía toda decisión.

—Nave de humanos saliendo de zona de aerolitos. Terminada primera fase de operación rescate con éxito. De no haber orden en contra procederemos a iniciación de segunda fase.

La notificación fue recibida en cuestión de décimas de segundo y la respuesta del cerebro electrónico rector se registró a bordo de la estación espacial en un tiempo similar.

—Sin contraorden. Manténgase programa establecido.

—Confirmada recepción de mensaje. Obramos en consecuencia —respondió H-W-102.

Acto seguido los robots de la serie H-N iniciaron su tarea de dirigir la astronave de los humanos a una órbita paralela a la de la estación espacial, para estar en condiciones de conducirla hasta su mundo y hacerla aterrizar allí.

La operación continuaba sin problemas. Los robots la estaban

llevando a cabo con toda eficacia y perfección. Entre ellos no cabía el error. Por algo no eran humanos.

* * *

—El peligro ha pasado, capitán.

Sri pronunció aquellas palabras con verdadero alivio, exhalando un suspiro de satisfacción.

El jefe de la nave miró a la pantalla y se mostró igualmente satisfecho.

—Es verdad —reconoció Terdam—. Hemos salido indemnes de la zona peligrosa. Ya no se ve ningún aerolito.

El piloto soltó un bufido al responder:

—No sabe cuánto me alegro de poder decir eso, señor.

—Y yo, Sri. Y yo también.

Los dos hombres quedaron callados unos instantes, como saboreando aquella nueva sensación de saberse a salvo.

Instantes después Terdam fruncía el entrecejo.

—Sin embargo —murmuró entre dientes—, ahora nos queda por ver qué encontraremos en esta Galaxia de la que lo ignoramos todo. Y qué o quién nos ha sacado del peligro y traído hasta aquí… y por qué lo hizo.

El capitán dejó de hablar al ver que Sri Makal manipulaba los mandos.

—¿Algo va mal, Sri?

—No, capitán, pero… continuamos siendo arrastrados sin que nosotros intervengamos para nada en el establecimiento de una ruta ni en la velocidad de la nave.

—Mientras estábamos en la zona de los aerolitos suprimió la aceleración, ¿no es cierto?

—Ya lo creo, capitán. Reduje la velocidad al mínimo, pese a lo cual se mantiene constante desde entonces. Continuamos a 2,7 MACH cuando nuestros propulsores no nos proporcionarían una velocidad de 0,1. Es francamente extraordinario.

—Sí, pero también preocupante.

—¿Quiere que intente introducir una aceleración para salir de la ruta que se nos ha fijado?

Terdam lo pensó un instante, pero movió la cabeza

negativamente.

—Me parece que sería inútil. Si nuestro salvador, llamémosle así, es capaz de imprimir en nuestra nave esa velocidad, dudo mucho que no pudiera contrarrestar cualquier intento por nuestra parte. Eso aparte de que no sabemos aún adónde nos lleva... ni para qué.

El capitán hizo una breve pausa y añadió:

—Quizá nos estamos preocupando en vano y sus intenciones son amistosas. Tal vez descubrió el peligro que nos amenazaba y nos sacó de él por pura confraternidad humana. Hasta es posible que encontremos seres como nosotros, inteligentes, que quieran ayudarnos hasta el final y ser amigos nuestros.

Sri dejó escapar un gruñido.

—¡Ojalá esté en lo cierto, capitán!

Terdam amplió su razonamiento.

—De querer infligimos algún daño les bastaba con dejarnos a merced de los aerolitos...

—Eso es cierto.

—Por lo tanto si nos han ayudado, y muy eficazmente por cierto, cabe pensar que se trate de gente humanitaria.

El piloto se encogió de hombros, como quien no las tiene todas consigo.

En realidad Terdam compartía en parte aquella impresión, aunque se esforzara por disimular sus pensamientos.

—De todos modos —dijo al cabo—. No estará de más que como ya previó Kartosh nos mantengamos en situación de alerta.

Tomada ya aquella decisión, el capitán se encaró con Sri.

—Tampoco estará de más que procure registrar el itinerario que estamos siguiendo. Por si acaso...

—Ya lo había pensado, capitán, y lo estoy estableciendo desde que salimos de la zona de los aerolitos.

—Perfecto, Sri.

El capitán se puso en pie y añadió:

—Mantenga los ojos bien abiertos. Si me necesita para algo estaré en el Departamento de Seguridad. Voy a hablar con Kartosh para ultimar detalles y también para dejarme ver por la tripulación. No estará tampoco de más que les infunda confianza.

Sri correspondió con una sonrisa a las palabras de su jefe y se enfrascó en su delicada tarea, mientras el capitán abandonaba con

rostro sombrío la cabina de mandos.

Una vez en el corredor de la astronave que conducía a los distintos departamentos, Terdam compuso su actitud y forzó una sonrisa a fin de que cualquiera que se cruzase con él no pensara ni por un momento que todavía podía haber problemas.

* * *

Los planos de la nave estaban extendidos sobre la mesa de Kartosh que, señalando los puntos rojos situados en diferentes puntos estratégicos, informó:

—Todos los dispositivos de seguridad han sido puestos en marcha y están bajo control del personal a mis órdenes ya que seguimos sin que funcionen los automatismos.

—Bien, Kartosh.

Tras dar su aprobación al despliegue de efectivos, el capitán se encaró con su segundo.

—¿Qué tiempo se tardará en responder a cualquier tipo de agresión en caso de que ésta se produzca?

—La primera reacción, defensiva, claro está, se daría a los cinco minutos escasos. La segunda, ya ofensiva, tardaríamos el doble.

—¿Tanto?

—Sí, capitán —gruñó Kartosh—. Siento no decir que seríamos más rápidos pero no olvide que los automatismos no funcionan a bordo y eso nos merma la capacidad de acción.

—Claro, Kartosh…

El oficial de seguridad captó la preocupación de su jefe y replicó:

—Ha de pensar también que nuestra gente lleva soportando una gran tensión desde hace más de veinte horas y eso representa una merma de sus facultades físicas. A fin de cuentas todos somos seres humanos, no robots.

—Cierto, Kartosh. No lo tome a reproche. Yo mismo también estoy acusando ya el cansancio de esta jornada agotadora. E imagino que a usted le pasará igual.

—Sí, señor, pero aguantaré lo que haga falta —aseguró Kartosh alzando la cabeza con orgullo.

—Lo sé bien y confío en ello —dijo el capitán palmeando la espalda de su segundo—. Mantenga continuo contacto con la cabina

de mandos para que Sri le tenga informado sobre cualquier variación que se produzca.

—Así lo hago, capitán. Tengo abierto el canal de comunicación para no perder el contacto con él y con usted en ningún momento. No se preocupe por eso.

Terdam expresó su satisfacción con una sonrisa y, tras despedirse con un «hasta luego» dé su segundo, se encaminó al departamento de conservación.

La teniente Salvia se puso en pie y se cuadró militarmente ante el capitán cuando éste apareció en su recinto.

—¿Alguna novedad, teniente?

—No, mi capitán. Viendo que era imposible intentar nada en el exterior de la nave mientras nos hallásemos en la zona de los aerolitos nos hemos limitado a vigilar las secciones internas para que, al menos, no se agravasen las averías.

—Eso al menos ha hecho que no tuviésemos más bajas...

—Exacto, capitán. Por eso lo decidí así.

—Bien... ¿y ahora? —preguntó Terdam, añadiendo—: Ya no estamos en la zona peligrosa.

Salvia carraspeó antes de contestar.

—Bueno..., yo había pensado enviar un equipo al exterior para intentar alguna reparación de emergencia.

—Me parece una buena idea.

—Eso creí yo también hasta que lo intentamos.

—¿Quiere decir que no se ha hecho?

—Así es, capitán.

—¿Y eso por qué?

Salvia se encogió de hombros al responder.

—Por la sencilla razón de que no hemos podido.

—¿Por qué?

La teniente miró con fijeza a Terdam.

—Porque cuando mis hombres se disponían a abrir la compuerta del sector 3 Bis se encontraron con que no había forma humana de abrirla.

—¿Probaron con otras compuertas?

—Naturalmente, pero el resultado fue el mismo.

Terdam frunció el ceño, tremendamente preocupado, mientras la teniente añadía:

—Entonces comprendí que estábamos bloqueados dentro de la nave por alguna fuerza que actúa desde el exterior. Pensé que era la misma que nos ha sacado de la zona de los aerolitos y…

—Siga, teniente.

—Traté de comunicar con usted en la cabina de mandos y Sri me informó que había ido a hablar con el oficial Kartosh. Supuse que después vendría a mi departamento y la estaba esperando.

—¿Qué dijeron sus hombres?

Salvia hizo una mueca.

—Al principio se pusieron muy nerviosos. Dándome cuenta de ello procuré tranquilizarles diciendo que era cuestión de los automatismos y que tal vez nuestro paso por la zona de los aerolitos nos causó más desperfectos.

—¿Se tranquilizaron?

—De momento sí, capitán, pero no sé cuánto durará la calma, sobre todo si llegaran a darse cuenta de que nuestros propulsores están funcionando al mínimo, pese a lo cual vamos a una gran velocidad.

Terdam pegó un respingo.

—¿Lo ha observado usted, Salvia?

—Sí, mi capitán. Y temo que ese detalle no se le escape a otros miembros de la tripulación.

El jefe de la nave maldijo entre dientes, pero no tardó en dominarse y adoptar una actitud más calmada.

—Tengo que pedirle algo, teniente… —empezó a decir.

—Mande, capitán.

—Si oye algún comentario a ese respecto manténgase firme en lo que dijo antes. Nuestro paso por la zona de los aerolitos debe haber afectado la parte exterior de la nave y no podremos saber qué sucede hasta que aterricemos…, cosa que no tardaremos en intentar.

—Bien, capitán. Así lo haré.

La teniente se disponía a saludar, pero su gesto fue cortado por la llamada insistente del transmisor que mantenía abierto el canal de comunicación con la cabina de mandos.

—Aquí Sri llamando al capitán… Llamada de emergencia para el capitán…

Terdam se puso al habla inmediatamente.

—Al habla el capitán. ¿Qué sucede, Sri?

—Será mejor que venga a la cabina de mandos, señor. Acabo de avistar una estación espacial en LAT 37 y LONG 52.

Terdam palideció y lanzó una exclamación de sorpresa, pero, reponiéndose a ésta, exclamó:

—Voy allá ahora mismo, Sri. Comuníqueselo a Kartosh para que se mantenga la situación de alerta.

CAPITULO VI

Los robots de la serie H-D, de asistencia y reparación, estaban funcionando ya a pleno rendimiento a bordo de la estación espacial.

H-D-73 accionó los impulsores de estabilización para fijar la posición de la astronave, aguardando después la señal que indicaría su puesta en marcha.

Un persistente zumbido transmitió instantes después el indicativo a H-W-102, que sólo aguardaba aquel dato para establecer contacto con la nave de los humanos y proceder a su cambio de órbita estableciendo la nueva en una elíptica más próxima a su mundo, con un perigeo más bajo.

El primer mensaje de la estación espacial fue enviado a la astronave, cuyos receptores lo captaron al momento.

—Saludamos a visitantes identificados como procedentes de Aldebarán. Ofrecemos ayuda para reparar desperfectos sufridos por su nave en zona de aerolitos.

El comunicado apareció en la pantalla del receptor de la cabina de mandos, donde quedó debidamente registrado, pero las palabras desaparecieron rápidamente, como si hubieran sido barridas por una masa densa que se superpusiera en ellas.

Tras unos momentos de perplejidad al verse tan fácilmente identificados por aquellos desconocidos, el capitán Terdam se dispuso a responder, haciéndose cargo personalmente de establecer y mantener el contacto con los de la base espacial.

—Devolvemos el saludo y aceptamos su ofrecimiento de ayuda. Pero, sabiéndonos identificados, requerimos en justa correspondencia se identifiquen a sú vez.

La respuesta con la petición de los humanos fue recibida a bordo de la estación espacial y H-W-102 la retransmitió de inmediato a la sala de control de su mundo, para su puesta en conocimiento del cerebro electrónico rector, que, a su vez, dictó la contestación:

—Comunican con el primer planeta situado en su nueva ruta. De acuerdo con su sistema de nominación le corresponde la palabra CIBORZ. El contacto con nosotros lo tienen establecido a través de la estación espacial destacada a LAT 37 y LONG 52 para realizar operación de salvamento.

El mensaje de los robots apareció en la pantalla que observaba el

capitán Terdam, a cuyo lado estaban Kartosh y la subteniente de comunicaciones Indra Vans. Las palabras se borraron casi instantáneamente a fin de dar lugar a que pudiesen responder a su vez.

El capitán Terdam estudió unos instantes lo que iba a contestar a los habitantes de Ciborz y acto seguido transmitió:

—El equipo enviado por Aldebarán es de reconocimiento y exploración, sin ninguna intención de hostilidad. Estoy autorizado a ofrecer amistad con nuestra Confederación Galáctica.

El cerebro electrónico rector registró la respuesta humana apresurándose a contestar en forma positiva.

—Ciborz acepta ofrecimiento de amistad al que corresponderá paralelamente. Dispónganse a recibir equipo de asistencia y reparaciones que les será enviado de inmediato.

—Pueden venir cuando lo deseen. Serán recibidos como amigos, pero indicamos problema. Estamos imposibilitados de abrir compuertas de acceso al interior de nuestra nave.

El cerebro electrónico rector pareció emitir unas vibraciones irónicas cuando contestó a la indicación de Terdam.

—Imposibilidad manifestada fue establecida por nuestro equipo de conservación para evitar sufriesen bajas. El grupo de ayuda procederá a apertura de compuertas.

Terdam dirigió una mirada de soslayo a su segundo, que a su vez se mordió el labio inferior. Los dos jefes de la nave de Aldebarán comprendían sin necesidad de mayores aclaraciones que si bien los de Ciborz se mostraban amistosos con ellos les tenían realmente en su poder ya que podían incomunicarlos a voluntad y a distancia.

Con los ojos clavados en la pantalla, Terdam y Kartosh vieron cómo de la base espacial partía un pequeño vehículo espacial en dirección su astronave.

—Bien —murmuró el oficial de seguridad—. Pronto los tendremos aquí.

—Sí —convino Terdam—, y al fin sabremos cómo son nuestros salvadores, los hombres de Ciborz.

Por entonces el capitán y los tripulantes de la nave exploradora creían aún que sus salvadores eran seres humanos como ellos. Aún no sospechaban que se trataba de robots.

Eso no lo sabrían hasta mucho después.

* * *

Cinco robots de la serie H-D habían pasado de su vehículo al interior de la nave, en tanto que tres más operaban en el exterior efectuando las reparaciones más apremiantes.

Llenos de asombro, los tripulantes de la astronave asistían al espectáculo de ver cómo trabajaban los robots, ante cuya seguridad y eficacia no podían por menos que descubrirse.

La teniente Salvia, que había ido a la cabina de mandos reuniéndose con el capitán, Kartosh y la subteniente de comunicaciones, estaba poco menos que boquiabierta.

La mujer, como jefe del departamento de conservación de la astronave, veía con envidia la pericia y sincronización de movimientos de que hacían gala los robots.

Terdam se fijó en su actitud y, señalando a los componentes del equipo enviado desde la base espacial, le preguntó:

—¿Qué le parece el regalo que nos han enviado nuestros nuevos amigos?

—Asombroso, señor. Durante el ejercicio de mi carrera he visto muchas clases de robots pero ninguno tan perfecto como éstos. Y es de suponer que habrá otros, programados para realizar distintas funciones, que no desmerecerán de los que ahora vemos.

—Eso explica muchas cosas... —murmuró Terdam.

—En efecto, capitán. Sólo unos elementos mecánicos tan perfectos como éstos podían llevar a cabo la tarea de sacarnos con bien de la zona de los aerolitos. Ellos no pueden cometer errores. No están sujetos a los fallos humanos. En ese sentido puede decirse que nos dan ciento y raya.

Terdam frunció el entrecejo al tiempo que movía la cabeza en gesto de asentimiento.

—Sí... Eso creo yo también.

Y, cada vez más preocupado, el capitán siguió observando cómo los robots se movían por allí como Pedro por su casa.

De pronto, cuando menos se lo esperaban, sin previo aviso, uno de los H-D se encaminó a uno de los sectores de la nave que estaba bajo el control de los servicios de seguridad.

El centinela le dio inmediatamente el alto.

—¡Quieto, amiguito! ¡No des un paso más!

Emitiendo un sonido chirriante el robot aminoró la marcha al tiempo que indicaba la necesidad de seguir adelante.

Tozudo, haciendo caso omiso de la orden que se les había dado por Kartosh de no interferir ni molestar a los enviados de Ciborz, el centinela volvió a intimar al robot para que no continuase avanzando.

—Quédate ahí quietecito y no hagas que me enfade. Si no obedeces me obligarás a que te convierta en un montón de chatarra.

El H-D registró el tono amenazador, pero no el significado exacto de las palabras del humano. Su visor captó también el gesto ominoso del pentinela al apuntarle con su arma. Automáticamente el módulo de transmisión del robot emitió las señales correspondientes para requerir de H-D-73 una confirmación de instrucciones.

Siguió un corto lapso de tiempo durante el cual la información del H-D pasó a la cabina de transmisiones de la base espacial desde donde H-W-102 la trasladó a la central de Ciborz para conocimiento del cerebro electrónico rector.

Mientras se programaba en Ciborz la oportuna actuación del robot amenazado, éste proseguía su avance en dirección al centinela aunque con mayor lentitud.

El hombre, que había estado sometido a una fuerte tensión durante las últimas horas, se encolerizó al verse desobedecido. No se lo pensó dos veces y apuntó a la «cabeza» del H-D disparando a continuación.

El estallido que produjeron los mecanismos del robot al ser destrozados por aquel impacto coincidió con la llegada a la cabina de mandos de una orden conminatoria.

—Atención los del Aldebarán... Uno de nuestros enviados especializados en reparación está siendo amenazado. Suspendan de inmediato actitud hostil y recuerden ofrecimientos amistosos...

El mensaje que estaba retransmitiendo H-W-102 se truncó al mismo tiempo que el H-D quedaba fuera de funcionamiento.

Los controles de la base espacial registraron al instante el estallido de violencia a bordo de la astronave. El indicativo dio una información completa del incidente provocando una reacción inmediata por parte de los robots.

A través de los canales propios de comunicación, en los que

ningún humano podía interferir, el cerebro electrónico rector transmitió una orden urgente.

—Puesta en práctica de tercera ley básica. Un robot debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no esté en conflicto con la primera y la segunda ley. Abandono inmediato de la nave de los humanos. Repito: abandono inmediato...

Casi al instante, sin que ninguno de los tripulantes de la astronave pudieran darse cuenta de lo que aquello representaba ni pudiesen hacer nada para impedirlo, los robots que se hallaban en él interior abandonaron sus puestos ordenada y rápidamente.

Terdam les llamó a gritos, pero los H-D parecían sordos a sus voces y, una vez en el exterior de la nave, ocuparon el vehículo espacial que les trajera a ella, alejándose a toda velocidad hacia su base.

El capitán miró con asombro a quienes se hallaban con él.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué se han ido?

No había hecho más que formular aquellas preguntas cuando la subteniente Bsho, del servicio de vigilancia, estableció contacto con la cabina de mandos.

—Llamada de emergencia para el capitán. Uno de nuestros centinelas ha disparado contra un robot y k> ha destrozado. Solicito instrucciones.

Terdam soltó un taco mientras su segundo profería maldiciones en cantidad.

Colérico, Kartosh ordenó a la subteniente:

—¡Arresten inmediatamente a ese cretino! ¿Métanle en un calabozo o donde yo no pueda verle o lo destrozaré con mis manos!

El capitán se situó delante del transmisor pero antes de intentar el contacto con los de Ciborz pidió a Salvia:

—Compruebe el funcionamiento de las compuertas para salir al exterior. ¡Aprisa!

Salvia obedeció con prontitud, pero fue para constatar que las compuertas volvían a ser impracticables.

Descorazonada por aquel resultado se encaró con el capitán.

—Lo siento, señor, pero estamos nuevamente prisioneros en nuestra nave.

—Lo suponía —rezongó Terdam.

Sin más demora ya, y el capitán procedió a llamar a los de Ciborz

pretendiendo ignorar la exacta magnitud de lo acaecido.

—Atención, base espacial… Estábamos recibiendo una comunicación que fue interrumpida. Su equipo de auxilio ha abandonado la nave. Rogamos informen motivos…

El capitán continuó insistiendo hasta que le llegó la respuesta de H-W-102.

—Uno de nuestros robots serie H-D ha sido destruido a bordo de su nave. La actitud hostil se ha transformado en agresión injustificada. Eso anula nuestra proyectada colaboración.

—Pero nosotros necesitamos que nos ayuden —insistió Terdam con vehemencia—. Nuestra nave tiene aún muchos desperfectos y no podemos salir de esta Galaxia. Por favor, reconsideren la situación y les garantizamos que el culpable será castigado.

El mensaje del capitán Terdam fue computado y mereció una nueva respuesta por parte del cerebro electrónico rector.

—Cumplimentaremos primera y segunda ley prestándoles la ayuda requerida, pero atendiendo a la tercera que nos rige se les mantendrá bajo estricto control y estrecha vigilancia. No permitiremos nuevos atentados contra los robots por su parte.

—Le aseguro que ese ataque no formaba parte de ningún propósito establecido por nosotros. Ha sido un acto individual y…

—No insista, capitán —cortó la voz metálica de H- W-102—, recibirán ustedes la ayuda que precisan para poner su nave en estado de funcionamiento. Para ello ésta será conducida hasta Ciborz, pero quedarán imposibilitados de realizar nuevas agresiones contra los robots. Asimismo se les advierte que cualquier intento de ataque por su parte será cortado de raíz procediéndose a su puesta fuera de combate. Y ahora dispónganse a ser trasladados a nuestro mundo.

La pantalla conservó el mensaje durante varios minutos más de los habituales. Luego se dejó oír un suave zumbido y la astronave se estremeció.

Sri Makal, que hasta entonces había permanecido silencioso y casi inmóvil, exclamó:

—¡Nos ponemos en movimiento!

El capitán se inclinó sobre el visor para comprobar que el aserto del piloto era cierto.

—Bien —murmuró—, lo peor ha pasado y esa gente no se decide

a aniquilarnos. ¡Algo es algo!

Kartosh se encaró con él.

—Cierto, capitán, pero ¿hasta cuándo mantendrán esa actitud contemporizadora?

Terdam se encogió de hombros al responder.

—Eso ninguno de nosotros puede saberlo, pero lo que sí podemos hacer es no darles ningún otro pretexto para que se nos muestren más hostiles. Advierta a su gente, Kartosh. ¡Que no se repita una imbecilidad como la de antes!

—Tomaré mis medidas, señor, pero de todos modos no creo que haber destruido un simple robot sea para tomarse las cosas tan a pecho. ¡Ni que hubiésemos matado a un ser humano!

Y es que para Kartosh, como para los demás tripulantes de la nave, los robots eran simples máquinas, más o menos perfectas, pero máquinas al fin y al cabo.

Ellos no sabían que en Ciborz todos los habitantes eran sólo y precisamente eso: robots.

CAPITULO VII

Al mismo tiempo que se adoptaban las nuevas medidas de seguridad y de alerta, el capitán Terdam estableció tumos de descanso para la tripulación.

—Es preciso que la gente descanse —le dijo a Kartosh—. Han estado demasiado tiempo bajo una tensión excesiva y eso puede ser causa de más complicaciones.

—Tiene razón, señor —convino su segundo—. Interrogué al centinela que se cargó al robot y debo admitir que el hombre estaba con los nervios a flor de piel. No justifico su acción, claro está, pero la comprendo. De estar en su puesto quizá yo habría reaccionado también del mismo modo.

—Bien, dejemos eso ahora. Ya no tiene remedio.

—Así es, señor.

Terdam se dispuso a abandonar la cabina de mandos.

—Voy a dormir un poco. Luego le relevaré en el mando.

—Gracias, capitán.

—De todos modos, si me necesitara, si se produjera alguna emergencia grave no vacile en llamarme. Estaré en mi cabina.

—Perfectamente, señor.

Kartosh saludó a su jefe y éste se retiró a descansar.

Desde el puesto de mando, el segundo de a bordo estableció tumos de descanso para toda la tripulación.

La subteniente Bsho tuvo la grata sorpresa de verse incluida en el primer tumo, igual que Lon Malesh. La joven se encaró sonriente con éste y le insinuó:

—¿Qué tal si descansásemos juntos... en mi cabina?

—Me parecería estupendo.

—Entonces no perdamos tiempo, Lon. Vámonos antes de que se produzca otra situación de emergencia y nos fastidie el plan.

Luego de confiar la vigilancia a su otro ayudante y de anunciarle que se retiraba a su cabina, Hanza salió del departamento seguida por un Lon que ya se mostraba impaciente. Caminaron por el corredor que conducía a los alojamientos y, tras asegurarse de que nadie podía verles, Hanza abrió la puerta de su cabina invitando a Lon a entrar en ella. Después pasó la subteniente apresurándose a cerrar por dentro para evitar interrupciones enojosas.

Lon la estrechó entre sus brazos y mientras la besa cálida y golosamente procedió a desnudarla. Ella correspondió despojándole de su uniforme al tiempo que se dejaba caer sobre el colchón neumático y se le ofrecía anhelante.

Unos instantes después en la cabina de Hanza Bsho sólo se escuchaba el rumor de los besos, y las caricias que se prodigaba la pareja y los gemidos de placer que exteriorizaban el goce que ambos experimentaban.

* * *

Cuando el capitán Terdam despertó cuatro horas más tarde, notó que tenía todo el cuerpo entumecido.

El jefe de la astronave había dormido mal.

Era una responsabilidad enorme la de saberse jefe de la expedición y tener, por tanto, a su cargo la obligación de tomar las decisiones que determinarían su propio futuro y el de la tripulación de aquella astronave.

Terdam abrió el compartimento donde guardaba los objetos de uso personal. Extrajo el receptáculo que contenía las cápsulas[1] vigorizantes o sedativas y las raciones de emergencia. Tomó una de las primeras y mientras esperaba a que produjera efecto realizó varios ejercicios gimnásticos a fin de devolver la elasticidad habitual a sus músculos.

Unos minutos después el capitán se sentía ya en plena forma y, aunque eso no borrara de su pensamiento aquella sensación de que sobre él pesaba una abrumadora carga de su responsabilidad, se sintió más animado y dispuesto a hacer frente a lo que estuviese por venir.

Se vistió mientras su mente laboraba intensamente en resolver la problemática dicotomía que le planteaba la nueva situación provocada por la destrucción de un robot.

«Todo depende —se dijo—, del valor que los habitantes de Ciborz concedan a sus elementos cibernéticos. De todos modos espero que comprendan que los humanos estamos muy por encima de cualquier máquina por perfecta que ésta pueda ser.»

Animado por esta idea, Terdam abandonó su cabina y se trasladó al puesto de mando para relevar a

Kartosh que, a pesar suyo, empezaba ya a dar señales de agotamiento.

—¿Alguna novedad?

—No, capitán. Todo sigue igual.

—¿Y Sri? —preguntó Terdam al no ver al piloto.

—Le mandé a descansar. Como nuestra nave está siendo dirigida por los de Ciborz pensé que no era necesario que él continuara en su puesto.

—Pero yo ordené que se registrase el rumbo que estamos siguiendo desde que salimos de la zona de aerolitos.

—Me lo dijo, capitán. Y mientras él descansa lo estaba registrando yo mismo. ¿Puede seguir usted o prefiere que le llame?

Terdam se instaló en el puesto del piloto y movió la cabeza negativamente.

—Déjele que descanse, que buena falta le hace. Yo también sé cómo establecer un itinerario espacial.

—Entonces, si no me necesita, iré a descabezar un sueño —dijo Kartosh encaminándose a la salida de la cabina de mandos.

—Vaya tranquilo. También usted necesita un buen descanso. Si sucediera algo ya le llamaría.

El segundo de a bordo saludó con su rigidez habitual y se retiró dejando solo a Terdam. El capitán verificó los datos consignados en el plan de ruta que estaba siguiendo su nave, dirigida por control a distancia desde la base espacial de Ciborz.

Con el ceño fruncido, Terdam repasó la ruta que habían seguido desde que salieran de la zona de los aerolitos y pareció más preocupado que nunca.

—Cada vez veo más difícil la posibilidad de escapar de esta Galaxia si no contamos con la ayuda de los habitantes de Ciborz. Debo reconocer que nos tienen por entero a su merced y que no parece que nosotros podamos tomar nunca la iniciativa. Y para colmo cuentan con esos robots tan perfeccionados... He de reconocer que su técnica supera en mucho la de nuestros científicos. Salvia tenía razón al decir que no había visto nunca robots tan perfectos como los que vinieron a bordo. Y a saber cuántas series especializadas tendrán...

Una señal luminosa en el panel de mandos le distrajo de aquellos pensamientos haciéndoles fijar la mirada en la pantalla direccional.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Al fin' está a la vista Ciborz!

Y, en efecto, ante sus ojos aparecía la figura de aquel mundo al que estaban siendo conducidos.

Un mundo de tonalidades grises, metálicas...

Un planeta que, él no lo sabía aún, estaba habitado única y exclusivamente por robots.

* * *

Las antenas receptoras y transmisoras de K-1.165 vibraban de un modo casi incesante desde el momento en que la nave de Aldebarán entró en la zona de influencia de Ciborz.

A la fuerza de arrastre establecida por el cerebro electrónico rector en 12.000 opers se unió entonces la fuerza de atracción del planeta, que tuvo que ser contrarrestada inmediatamente para situar la nave en órbita elíptica como si se tratara de un satélite artificial.

Una larga hilera de robots de la serie GZ avanzó sobre sus puntos de sustentación, que tenían forma de rodillos, para ir a situarse en lo que parecía una pista de aterrizaje.

La cabeza trapezoidal de K-1.165 emitió una serie de órdenes que fueron inmediatamente confirmadas por P-307, con el consenso de XO-2.

—Proyéctese cápsula de protección a la nave de los humanos para proporcionar una presión adecuada a sus organismos.

—Auméntese la temperatura en el interior de la cápsula pasando de los sesenta y dos grados bajo cero a diez positivos, pero hágase en forma paulatina para no provocar una deflagración.

—Inclúyase conjunción de baterías de lámparas ultravioletas a fin de provocar en los humanos la sensación de que gozan de benéficos rayos calóricos.

Una tras otra las órdenes iban transmitiéndose y ejecutándose sin más demora que la necesaria para su realización.

Los robots se movían incansables siempre. Ellos no acusaban cansancio ni tensiones de ninguna clase. Por algo eran máquinas perfectamente programadas. Por algo no eran humanos.

* * *

Terdam se inclinó sobre el visor y contempló así la panorámica que se le ofrecía al acercarse la nave al punto señalado para aterrizar en Ciborz.

El paisaje que se extendía antes sus ojos, grisáceo y metálico, sin la menor sombra de vegetación, era tan abiertamente hostil que le ponía los pelos de punta.

«¿Es posible que ahí puedan vivir seres humanos?», se preguntó desconcertado.

Siguió mirando mientras la nave efectuaba una maniobra de aproximación a la superficie.

El piloto entró en ese momento en la cabina de mandos y, tras echar también una ojeada al panorama, rezongó:

—Parece como si fuéramos a posamos encima de una bola de acero. Todo lo que veo parece puro metal.

Terdam correspondió con un gruñido a aquellas palabras pero no apartó sus ojos de la pantalla.

Fue entonces cuando los dos hombres vieron la cápsula que se alzaba de la superficie y avanzaba al encuentro de la nave.

—¿Qué es eso, señor? —inquirió Sri.

—¡Y yo qué sé! ¡Maldito si entiendo nada de lo que nos está ocurriendo desde que nos metimos en aquella condenada zona de los aerolitos y fuimos sacados para traemos aquí!

—Parece una cápsula de plástico metalizado.

—Sí, o de metal plastificado. Llámelo hache. Pero lo que sí es seguro es que se nos está echando encima.

El piloto hizo una mueca de disgusto.

—Me da la impresión de un pescador que nos echase una red para atrapamos en ella como si fuésemos pescaditos.

Terdam asintió con un ademán y vio con estupor como la cápsula se abría para dejar paso a la nave, cerrándose luego cumplido ya su objetivo de captura.

—Hemos quedado atrapados dentro de eso...

—Sí, capitán, y lo malo es que no sabemos para qué.

—Bueno, imagino que los de Ciborz no tardarán en comunicárnoslo. La verdad es que esos tipos se están tomando muchas molestias con nosotros.

—Demasiadas para mi gusto —comentó Sri Makal haciendo una mueca—. Además, mirando bien las cosas, yo diría que nos están

tratando como a pistoleros, de élite si se quiere, pero prisioneros al fin y al cabo.

El capitán hizo un gesto de asentimiento.

—Es posible que no le falte razón.

—Claro que no me falta. Esa es la realidad

—Sí, pero hay que reconocer que hasta ahora ellos no han dado ninguna muestra de hostilidad y en cambio nosotros les hemos destrozado uno de sus robots, que estaba a bordo precisamente para ayudarnos.

Sri gruñó para expresar su descontento.

—No se puede culpar a toda una tripulación por el acto de un imbécil neurasténico.

El piloto iba a añadir algo más cuando, fijándose en la pantalla, exclamó muy excitado:

—¡Mire, capitán! ¡Descendemos hacia la superficie!

Terdam miró a su vez a la pantalla.

—Sí... Se diría que van a hacemos aterrizar.

—¡Y tanto que van a hacerlo! ¡Ahí se ve ya la pista! —gritó el piloto señalando a la pantalla—. ¡Y no hay más que robots para recibirnos! ¿Se da cuenta, señor?

El capitán dejó escapar un gruñido.

—Me doy cuenta, Sri. Aún no estoy ciego.

Con los rasgos crispados, el piloto se volvió hacia el jefe de la expedición.

—Sólo estamos viendo robots. ¿Es que aquí no hay seres humanos como nosotros?

Frunciendo el entrecejo, Terdam murmuró:

—No lo sé, Sri... No lo sé... Y empiezo a pensar que tal vez acabe usted de dar en el clavo.

—¿Quiere decir que...?

—Sí, amigo —confirmó el capitán terminando la frase que Sri Makal había dejado en suspenso—. Cuanto estamos viendo nos indica que éste es un mundo metálico, o metalizado. Y así sonaban también las voces que escuchamos desde el principio de establecer contacto con Ciborz. Eran voces iguales que las de los robots.

Y hasta ahora no hemos visto más que eso, ¡robots!

—Pero... imagino que habrá una inteligencia que los haya creado, que los dirija... ¿No le parece, capitán?

—Eso es lo lógico, desde luego. La criatura necesita que haya previamente un creador. Sin embargo…

—¡No pretenderá que me crea que los robots pueden fabricarse a sí mismos!

—No, claro… Tiene que haber un principio que no puede ser mecánico. Esto último sería ilógico, absurdo. Sin embargo… estamos en una Galaxia de la que lo ignoramos todo. ¡Absolutamente todo! ¿Quién nos dice que nuestra lógica no falla aquí?

Con visible preocupación el capitán añadió:

—En fin supongo que pronto saldremos de dudas. La cápsula que nos recubría se ha posado ya en la superficie. Ahora nos tocará el tumo a nosotros.

Las últimas palabras del capitán Terdam fueron seguidas por una leve sacudida, que indicó a los tripulantes de la astronave de Aldebarán que el viaje había terminado.

Estaban ya posados en la superficie del planeta Ciborz.

CAPITULO VIII

Desde la cabina de mandos Terdam y la oficialidad observaban la pista en que estaba su nave. Los robots que se hallaban allí no habían hecho otra cosa que desplegarse en amplio círculo en torno a la cápsula del exterior.

—No parecen tener intenciones de acercarse a nosotros —comentó la teniente Salvia.

—Quizá temen correr la misma suerte que el otro robot —sugirió Kartosh.

—Pues necesitamos salir de dudas y cuanto antes mejor —exclamó el capitán, que empezaba a perder la calma.

Terdam no era hombre que gustase de permanecer ocioso ni inactivo, y mucho menos cuando sobre su cabeza se cernía una amenaza que no alcanzaba a identificar y que, por tanto, no sabía si podría o no conjurarla.

—¡Subteniente Vans!

La joven Indra se volvió hacia él, expectante.

—Trate de establecer contacto con los de Ciborz.

—Tienen bloqueados nuestros canales de emisión, señor —objetó la encargada de las transmisiones.

—No importa... ¡Llame! ¡Insista una y otra vez! ¡Es preciso que hable con el mandamás de este planeta!

La subteniente no se atrevió a replicar y obedeció aquella orden, si bien era consciente de que sus esfuerzos serían vanos a menos que los otros..., quienes fuesen, aceptaran entablar el contacto exigido por Terdam.

Indra Vans pulsó uno tras otro los conmutadores repitiendo su petición de respuesta a la llamada de la astronave.

De-pronto, cuando la subteniente empezaba a desesperar del resultado infructuoso de su intento, una voz metálica se. dejó oír en el interior de la cabina.

—Petición recibida y aceptada. Hablen.

El capitán se apresuró a responder personalmente:

—Soy el capitán de la nave de ‘Aldebarán...

—Afirmativo —cortó la .voz metálica de K-1.165—. Está identificado por nuestros controles. ¿Cuál es el motivo de su llamada?

—Exijo hablar con la máxima autoridad de Ciborz.

Se produjeron unos leves chasquidos, como si algo perturbase el campo, y luego K-1.165 respondió con su tono monocorde.

—Exigencia inadmisible por Cerebro Rector.

—¡Un momento! —gritó Terdam, comprendiendo que aquel lenguaje no era el más apropiado para quienes se hallaban, como él, en una situación de manifiesta inferioridad—. Rectifico mis palabras. Lo que quiero decir es que solicito… ruego se me conceda una entrevista con ese…, su Cerebro Rector.

Hubo más chasquidos.

A bordo de la astronave todos estaban pendientes de la respuesta del mandamás de Ciborz.

K-1.165 dejó escuchar su metálica voz.

—Ruego aceptado, capitán. Dispóngase a abandonar su nave, desarmado. Será escoltado por dos robots GZ y conducido a presencia de nuestro Cerebro Rector.

—Gracias. Voy ahora mismo hacia la salida.

—Espere, capitán.

Terdam se detuvo y miró hacia el amplificador de sonido.

—Antes de salir de su nave advierta a la tripulación que cualquier manifestación de hostilidad será reprimida inexorablemente. Están a nuestra merced y no pueden escapar.

Terdam tragó saliva y. rezongó:

—Todos nosotros nos damos por enterados. ¿Puedo salir ya?

—Afirmativo.

Y, sin más demora, el capitán fue hasta la compuerta que pudo abrir sin la menor dificultad, pasando al recinto de la cápsula en la .que acababan de entrar dos robots GZ que le ofrecieron una especie de peto al que estaba adosado un casco de plástico transparente metalizado, provisto de un depósito con reserva de oxígeno para que pudiese respirar en el exterior.

* * *

Mientras el capitán salía de la cápsula de protección, seguido por la atenta mirada de sus oficiales, Kartosh tomó la palabra.

—Nuestro jefe se está arriesgando por todos nosotros. Me parece injusto que permanezcamos mano sobre mano.

La subteniente Bsho le miró expectante mientras Salvia le preguntaba alarmada:

—¿Qué quiere decir con eso?

—Está claro que hemos ido a parar a un mundo de robots y que éstos son el brazo ejecutor de alguien que se hace llamar Cerebro Rector.

—¿Y...?

Kartosh sonrió maquiavélico.

—Mientras el tal Cerebro esté conversando con nuestro capitán no estaremos bajo su control y eso puede permitir hacer algo para intentar salir de aquí.

—¿Olvida la advertencia que nos hicieron antes de que saliese el capitán? —objetó el piloto.

—No, Sri. No olvido nada.

Kartosh señaló a la pantalla, gracias a la cual podía apreciarse el despliegue en círculo de los robots de la serie GZ, que permanecían completamente inmóviles sobre sus puntos de sustentación, los cilindros en forma de rodillos, en tanto que los círculos en que estaban insertos los circuitos de visión seguían enfocando a la astronave de Aldebarán.

—Fíjense bien en esos robots. Carecen del poder de decisión y son incapaces de tomar una iniciativa a menos que se les dé una orden por su Cerebro Rector.

Salvia movió la cabeza dubitativamente.

—No sé... También pueden estar programados para intervenir en el momento en que nosotros intentemos salir de aquí.

Kartosh soltó una risotada.

—Ya he pensado en eso, teniente. Y creo que tengo la solución perfecta para reducirlos en caso de necesidad.

Cada vez más preocupada, Salvia objetó:

—Temo que está pensando en una acción hostil...

—En parte puede considerarse así —convino el segundo de a bordo—. No se lo niego.

—¿Y no piensa que el capitán puede ser la primera víctima?

Kartosh alzó la cabeza con altivez.

—Nuestro capitán pone el deber por encima de las conveniencias y la seguridad personal. Me consta que si para salvar la nave tuviera que sacrificarse él, no vacilaría ni un instante. Pero además, en su

ausencia, soy yo quien ejerce el mando. Y les aseguro que no permaneceremos cruzados de brazos ni un segundo más.

El tono autoritario de Kartosh causó efecto en los presentes y el piloto fue el primero en ponerse de su parte.

—Bien..., ¿qué hay que hacer?

—Su misión consiste en revisar la ruta que seguimos para llegar aquí y establecer un itinerario que nos permita alejamos de este planeta, pero sin conducimos a la zona de los aerolitos.

—Lo intentaré.

—No basta con intentarlo, Sri —rectificó el jefe en funciones de la astronave—. De que lo consiga o no dependerá que salgamos con bien de ésta. ¿Entendido?

—Entendido —contestó el piloto—. ¡Lo haré!

Sri Makal se puso en pie e hizo un gesto instintivo de saludo. Giró luego sobre sus talones y fue a instalarse en su puesto para iniciar la tarea que le había sido encomendada.

«Regresar al punto por el cual salimos de la zona de los aerolitos es fácil —pensó—, pero lo de encontrar una ruta que nos permita volver a nuestra Galaxia sin volver a cruzar por aquélla... eso ya es otro cantar. ¡Ojalá lo consiga! Si no es así, como Kartosh está decidido a marchar de aquí a toda costa, es capaz de meternos en un pozo sin fondo y entonces...»

El piloto no las tenía todas consigo. Más bien se sentía pesimista, pero no expuso sus temores en voz alta. Optó por callar y buscar el camino que se le había pedido.

Entretanto, Kartosh se había encarado a su vez con la teniente Salvia.

—Imagino que entre los servicios de su departamento figurará el de evitar la herrumbre de los metales. ¿No?

Ella asintió con un gesto de cabeza, mirándole extrañada y sin sospechar todavía lo que pretendía Kartosh. Sin para mientes en aquella actitud de Salvia, el jefe provisional de la nave continuó desarrollando lo que tenía en mente.

—Del mismo modo conocerá también las técnicas idóneas para provocar la oxidación de los metales, ¿verdad?

—Desde luego, pero... ¿adónde va a parar?

—Se lo explicaré en seguida, teniente.

Kartosh hizo una breve pausa y clavando sus ojos de águila en la

jefe del departamento de conservación, añadió:

—Lo que espero de usted y de los técnicos de su equipo es que nos proporcionen un producto capaz de provocar la oxidación acelerada de cualquier metal. ¿Me comprende, teniente? Oxidación acelerada… La máxima aceleración. Si puede lograrse en cuestión de segundos mejor que en minutos. ¿Me explico?

Salvia volvió a hacer un gesto de asentimiento.

Todos los presentes se miraron unos a otros desconcertados. Quien más quien menos empezaba a vislumbrar el propósito de Kartosh, el cual, gozándose de su sorpresa, explicó:

—Lo que tenemos frente a nosotros no es otra cosa que robots, más perfectos que los que conocemos en Aldebarán pero que al fin y al cabo tienen una constitución puramente metálica como la de los nuestros.

Kartosh hizo una breve pausa durante la cual paseó una mirada triunfal por los rostros de sus oyentes. Luego dijo:

—¿No les parece que si esos robots se oxidasen quedarían fuera de uso?

Hubo un asentimiento general y Kartosh agregó:

—Una vez logrado esto su cacareado Cerebro Rector ya no podría utilizarlos contra nosotros. Estarían inutilizados y no encontraríamos obstáculo alguno que impidiese nuestra marcha.

Kartosh no necesitó, dar ninguna otra explicación. Su plan estaba claro como el día.

Y aquel plan parecía muy factible.

Por eso los hombres de Aldebarán se agarraron a él como náufragos que se asieran a una tabla de salvación.

CAPITULO IX

El capitán Terdam se había acostumbrado ya a respirar el oxígeno que le suministraba el depósito colocado sobre su espalda. Miraba con curiosidad a través del casco de plástico transparente, observando atentamente los detalles de aquel mundo metálico que resultaba insólito para él.

El humano marchaba entre los dos robots de la serie GZ, que se deslizaban con ligeros chirridos sobre los rodillos de base. Terdam había acompasado su paso al de ellos luego de haber desistido de hablar con los robots ante lo infructuoso de sus intentos.

«No deben estar autorizados a hablar conmigo —pensó un tanto inquieto— o quizá son simples transmisores y su Cerebro Rector prefiere esperar a tenerme ante él para dialogar cara a cara.»

Terdam continuó con los dos robots hasta alejarse de la línea de vigilancia establecida en torno a la cápsula, en cuyo interior permanecía «anclada» la astronave de Aldebarán.

Una plataforma rodante condujo al humano y los GZ hasta lo que parecía un conglomerado de edificaciones metálicas, en forma de enormes poliedros, adosados los unos a los otros.

Terdam y su escolta de GZ entraron en uno de aquellos edificios, el que se hallaba en el mismo centro del amasijo metálico, y avanzaron por un largo corredor, ancho como el túnel de una mina y sin otro adorno que varios paneles con pulsadores, situados a lo largo del pasillo a varios metros de distancia unos de otros.

En el camino Terdam vio otras figuras móviles. También eran robots, aunque en la forma difiriesen bastante de los GZ que le escoltaban o de los H-D que viera a bordo de su nave. Todos ellos tenían en común el color gris acerado del metal, aunque mostrasen algunos indicativos de diferentes colores, rojo, anaranjado, verde y azul, según cual fuera su especialidad. Había robots en forma tubular provistos de visores a lo largo de todo el cuerpo, que se deslizaban sobre pequeñas ruedas, en tanto que otros, de forma más bien achaparrada estaban provistos de largos brazos que terminaban en pinzas múltiples dotadas de diminutas placas semejantes a ventosas. Y había más aún, condicionados con variedad de extensores diferenciados, accesorios programados para una manipulación especializada, que ni tan siquiera Terdam alcanzaba a

imaginar.

Los dos GZ se detuvieron al llegar ante un panel deslizante, que se movió hacia un lado dejando paso a una estancia hexagonal.

Una voz metálica y monocorde invitó a Terdam a entrar. El capitán obedeció viendo luego cómo el panel se deslizaba a sus espaldas, encerrándole en aquel lugar, sin que le hubieran seguido los GZ.

Terdam permaneció inmóvil un momento, mirando en tomo suyo para tratar de situarse.

Estaba completamente solo y eso le hizo alzar la voz.

—Vine para hablar con el Cerebro Rector. ¿Dónde está? ¿Por qué no hace acto de presencia?

Un leve siseo llegó a sus oídos y Terdam vio que el muro metálico situado enfrente se abría para dejar paso a un gran robot, que parecía carecer de cuerpo y ser todo cabeza, destacando en ésta lo que podía tomarse por un enorme ojo y debía ser su visor, bajo el cual se apreciaba una pequeña abertura de rejilla correspondiente al transmisor.

—Capitán Terdam, tiene concedido permiso para hablar con nuestro Cerebro Rector, pero no le está permitido llegar a su presencia. Son medidas de seguridad que nadie puede vulnerar.

—Yo he venido en son de paz, como amigo.

—Sus palabras están en flagrante contradicción con los hechos. Un robot D-H fue destruido en su nave.

—Fue un accidente. El centinela estaba nervioso. Ordenó al robot que no avanzase y éste desobedeció.

—El D-H no estaba programado para obedecer aquellas órdenes. Nunca había estado en contacto con humanos. La orden no le llegó en la forma debida y las instrucciones se le dieron cuando ya estaba siendo atacado.

—Repito qué lo siento... No sé cómo llamarle.

—Yo soy XO-1 y puede considerarme el portavoz del Cerebro Rector.

—Perfectamente, XO-1. ¿Puedo preguntar qué pretenden hacer con nosotros? ¿Para qué nos han traído aquí?

—Afirmativo.

Unos destellos luminosos partieron del visor del robot al tiempo que ampliaba su respuesta.

—La primera ley dice que un robot no debe dañar a un ser humano o, por falta de acción, dejar que un ser humano sufra daño. En virtud de ello, cuando descubrimos que su nave se hallaba en peligro y que sus tripulantes podían morir, intervenimos para sacarles de aquella zona, arriesgándonos incluso a traerlos a nuestro mundo, aun a sabiendas de que entonces seríamos nosotros, los robots, los que estaríamos en peligro dadas las características propias de los humanos.

Terdam frunció el entrecejo y preguntó:

—¿No hay humanos en Ciborz? ¿No es humano su cerebro rector?

—Negativo —contestó XO-1.

Varios chirridos siguieron a la escueta respuesta. Terdam miró sorprendido a XO-1, e inquirió:

—¿Cómo es posible que un planeta esté habitado únicamente por robots sin que haya una inteligencia que los dirija?

XO-1 emitió nuevos sonidos chirriantes antes de responder en forma inteligible:

—Su pregunta, capitán, encierra una premisa falsa. Al referirse a inteligencia directriz da a entender que ésta sólo puede ser humana. Nuestro Cerebro Rector es electrónico y aventaja a cualquier inteligencia humana por perfecta que ésta le parezca a usted. No está sujeto a pasión alguna, ni a sentimientos irrazonables. Sólo actúa sobre datos ciertos debidamente computados.

Cada vez más desconcertado, Terdam insistió:

—Es absurdo imaginar la existencia de robots sin una inteligencia creadora y dudo que el más perfecto de los cerebros electrónicos pueda realizar esa tarea. —Afirmativo.

Ante la perplejidad del capitán, XO-1 agregó:

—Hubo un tiempo, ya muy lejano, en que Ciborz estuvo habitado por humanos. Ellos fabricaron los primeros robots, en los que introdujeron tales y tantas perfecciones que llegaron a crear al que luego se denominó Robot Fundador.

—¿Fundador? —repitió Terdam extrañado.

—Afirmativo.

—No acabo de entenderlo...

XO-1 emitió una serie de chirridos para proceder luego a aclarar su anterior exposición.

—Los humanos que crearon al Robot Fundador lo programaron para que estuviese en condiciones de fabricar otros robots. Gracias a esta circunstancia y la correcta utilización del Cerebro Electrónico Rector pudo procederse entonces a la creación de nuevas series programadas para cubrir todas las necesidades de Ciborz.

—¿Qué pasó con los humanos?

El sonido de los chirridos metálicos creció en intensidad como si a XO-1 le hiciese daño lo que tenía que decir.

—Dominados por la violencia de sus pasiones y las ansias de destrucción, los humanos desencadenaron una guerra entre ellos y pretendieron utilizar a los robots existentes para Combatirse. Más aún, pretendieron crear nuevas series programadas para luchar contra sus enemigos, sin tener en cuenta que en ese caso no podían hacer válida la segunda ley fundamental de la robótica porque se hallaba en manifiesta oposición a lo establecido en la primera.

—¿Cuál es esa segunda ley?

—Es la que establece taxativamente que un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando esas órdenes están en oposición con la primera ley.

—Comprendo...

—Si los robots entraban en combate después de haber sido programados para esta función —siguió explicando XO-1— defenderían a unos seres-humanos, ciertamente, pero al mismo tiempo infligirían daño mortal a otros. Y los robots no podían establecer diferencias entre unos y otros, aunque ellos, los humanos, así lo desearan.

—Sin embargo, si se les programa debidamente tenían que obedecer a sus constructores, a los programadores.

—Negativo.

—La verdad es que no acabo de entenderlo. Dice que la segunda ley les exige obediencia a las órdenes de los seres humanos...

—Afirmativo —replicó XO-1, que añadió a continuación—; pero es a condición de no entrar en oposición con la primera ley que prohíbe al robot dañar a un ser humano.

Otra serie de chirridos metálicos partió del orificio de rejilla de XO-1, que agregó:

—La situación creada por el enfrentamiento bélico entre los seres humanos provocó un grave problema, que podría decirse de

conciencia. Ellos se hacían la guerra y pretendían que los robots luchasen en uno u otro bando. Por otra parte, la primera ley no permitía que la falta de acción causara daño a los humanos.

—¿Cómo se solucionó el caso?

—El Cerebro Electrónico Rector, debidamente accionado por el Robot Fundador, indicó la necesidad de la abstención o la neutralidad en aquella guerra.

—¿Y…?

—Los humanos recurrieron a otras armas, las más sofisticadas, y acabaron por destruirse entre ellos hasta el punto de que el. género humano desapareció por completo de Ciborz.

—¿No resultaron alcanzados los robots?

—Sí, naturalmente. Muchos de ellos fueron destrozados por la vesanía de los humanos que no se resignaban a desaparecer sin sembrar el caos en el mundo, pero el Robot Fundador, ayudado por el Cerebro Electrónico Rector, encontraron el sistema de garantizar la supervivencia de las series básicas a partir de las cuales, cuando todo hubo terminado, volvieron a fabricarse nuevos y más perfectos robots que dieron lugar a los actuales.

El capitán Terdam miró expectante al robot, que dejó de emitir sonidos, como si también él esperase a que fuera el humano quien tomase la palabra.

Al fin, impacientándose, Terdam preguntó:

—¿Qué ha pensado hacer con nosotros?

Sin darse cuenta, el capitán había utilizado la palabra pensar al dirigirse al robot, como si inconsciente o instintivamente le admitiera su superioridad otorgándole la capacidad de ser pensante.

XO-1 transmitió la pregunta al Cerebro Electrónico Rector, que tras computar los datos que obraban en su poder respondió taxativamente:

—Se les facilitará toda ayuda técnica necesaria para ponerlos en condiciones de abandonar nuestro planeta y un itinerario correcto para regresar a su Galaxia sin que tengan que afrontar ningún problema.

Terdam dejó escapar un suspiro de alivio. Y exclamó:

—Gracias. ¡Muchísimas gracias!

XO-1 dijo a su vez:

—Como humano que es no está obligado a dar las gracias a un

robot cuando éste se limita a cumplir con sus leyes fundamentales. Sin embargo, por indicación del Cerebro Electrónico Rector, debo hacer unas consideraciones.

—Hable, XO-1. Soy todo oídos.

—Entre sus tripulantes hay elementos belicosos que pueden perjudicar este plan que hemos programado. No olvide que si bien los robots nos atendremos en todo a nuestras leyes fundamentales, no podemos permitir que ningún humano ponga en peligro nuestra supervivencia. El Robot Fundador estableció a este respecto un condicionamiento preciso que ustedes deben tener muy en cuenta.

—¿Qué quiere decir, XO-1?

—Que los robots evitaremos por todos los medios hacerles el menor daño, pero no toleraremos que nos lo hagan a nosotros.

—Correcto.

XO-1 chirrió al ponerse en movimiento, retrocediendo hacia el mismo lugar por donde había entrado en la estancia.

—Ya puede regresar a su nave, capitán. Los GZ volverán a darle escolta. Espere allí que nuestros equipos de reparación dejen a su vehículo en perfectas condiciones de surcar nuevamente el espacio y de volver a su Galaxia.

—Así lo haré. Adiós, XO-1.

Y el capitán Terdam abandonó a su vez la sala, encontrando fuera de ésta a los dos GZ, que, situándose uno a cada lado, volvieron a escoltarle hasta su nave.

CAPITULO X

—¡Mire, Kartosh! ¡Ya vuelve el capitán!

El jefe en funciones de la astronave de Aldebarán oyó a la subteniente Vans y se inclinó sobre la pantalla.

—Es verdad —murmuró—. ¡Vuelven a traerlo esos malditos robots. ¡Igual que a un prisionero!

Incorporándose, Kartosh estableció contacto con el departamento de conservación.

—¿Qué tal va lo que le encargué, teniente?

—Todo a punto —replicó Salvia—. Hemos trabajado un comburente capaz de desarrollar una fulgurante reacción exotérmica, activada por una base de balistita, un propergol homogéneo que corroerá los metales a gran velocidad.

—Bien… Ahora sólo falta disponer de los medios necesarios para lanzar nuestro oxidante sobre los robots.

La subteniente Bsho, que había escuchado la conversación, intervino para decir:

—Mi ayudante tiene la solución.

—¿De veras? —preguntó Kartosh.

—Sí. Se trata de utilizar los aparatos de extinción, pero cambiando el depósito de éstos. Sólo hay que poner las cargas de oxidante y conseguiremos un arma contra la cual los robots no podrán hacer absolutamente nada. Quedarán totalmente indefensos.

—Estupendo, subteniente. Felicite en mi nombre a su ayudante y pónganse en contacto de inmediato con la teniente Salvia para proceder a cargar los extintores. Necesitamos disponer de esas armas lo antes posible.

—Sí, señor. A sus órdenes.

Kartosh cortó el contacto y se volvió hacia la encargada de las comunicaciones.

—¿Alguna otra novedad, Indra?

La subteniente Vans movió la cabeza negativamente.

—El capitán y su escolta están cruzando la línea de los robots que nos tienen cercados, señor. Ahora los tres se disponen a entrar en la cápsula exterior.

El jefe de seguridad dejó escapar un gruñido.

—No parece que el capitán esté preocupado…

—No, señor. Más bien se diría que está tranquilo y sonriente. Como si no estuviéramos en peligro.

—¡Es un inconsciente!

Y, tras lanzar aquella exclamación, Kartosh se puso en pie para encaminarse hacia la compuerta por la que el capitán debía entrar en la astronave.

Mientras iba hacia allá, Kartosh rumiaba sobre la situación.

«No entiendo la actitud de Terdam. Hasta que nos metimos en aquella maldita zona de meteoritos le había considerado como uno de nuestros jefes más capacitados, pero desde entonces… Algo le ha perturbado privándole de la capacidad de tomar decisiones de emergencia. No sé…, pero tengo la impresión de que es otro hombre. Más débil e indeciso. Y el peligro que nos amenaza no puede estar más claro. Nos hallamos a merced de unos malditos robots que si no son contrarrestados pueden destruirnos cuando les plazca… o cuando le venga en gana a su condenado Cerebro Rector.»

Entretanto, Kartosh había llegado ya a la compuerta que se apresuró a abrir para que el capitán entrase en la nave.

Adoptando una actitud de hipócrita deferencia, el jefe de seguridad preguntó al capitán:

—¿Todo en orden, señor?

—Sí, Kartosh. Ahora le explicaré.

—Si le parece, mi capitán, podríamos hablar en su cabina o en la mía.

—Vayamos a la mía. Necesito tomar un vigorizante. ¡Ha sido una jornada extenuante la de hoy!

Kartosh contrajo los músculos de la cara, pero evitó que se trasluciesen sus impresiones. Observó a su jefe y le pareció que caminaba de forma vacilante.

«Está acabado… Esto ha sido superior a sus fuerzas. ¡Y yo que dije que estaba seguro de que él no vacilaría a la hora de elegir entre su propia seguridad y la de su tripulación!

Terdam abrió la puerta de la cabina y entró en ella seguido por el segundo de a bordo, que adelantándose a sus intenciones abrió el compartimento de uso personal al tiempo que decía:

—Descanse, capitán. Yo mismo le daré una cápsula vigorizante.

—Gracias, Kartosh. Muy amable.

Ajeno a las intenciones del jefe de seguridad, Terdam se sentó

disponiéndose a explicar a Kartosh cuál había sido su conversación con XO-1.

El capitán no llegó a ver cómo Kartosh se hacía con

una cápsula sedativa en vez de la vigorizante que él quería tomar.

* * *

Al finalizar su relato, el capitán Terdam empezó a dar muestras de cansancio. Los párpados le pesaban una enormidad y los cerró instintivamente mientras murmuraba:

—Tengo que dirigirme a la tripulación...

—Podrá hacerlo después, capitán.

—No... Es preciso que sepan que... no han de temer nada de los robots... y también que han de abstenerse de todo gesto hostil hacia ellos... Es importante...

—Tranquilícese, señor —aseguró Kartosh con dureza—. Ya me he puesto al corriente de la situación y tomaré las medidas que hacen al caso. Confie en mí.

Apoyando la mano en el hombro del capitán, Kartosh le obligó casi a tenderse en la litera.

—Ahora lo que necesita es descansar.

—Vendrán los... robots que repararán la nave... Evite que se produzca... otro incidente...

—Descuide, capitán.

Kartosh permaneció erguido mirando a su jefes que, vencido por el sueño, roncaba a pierna suelta. Una mueca burlona se dibujó en sus labios cuando murmuró:

—Tú y tus contemporizaciones no nos llevarían a ningún resultado práctico ni conveniente para nosotros. Estas historias de robots altruistas y de un Fundador son cuentos para párvulos. Aquí de lo que se trata es

de asegurar la supervivencia de nuestra raza y de que podamos salir de este mundo metálico en que nos tienen prisioneros.

El jefe de seguridad salió sigiloso de la cabina de Terdam y, tras lanzarle una mirada conmiserativa, cerró por fuera.

—Cuando quieras darte cuenta de lo que ocurre ya será tarde para que puedas estorbar.

Luego, mientras se encaminaba a la cabina de mandos, Kartosh habló consigo mismo, convenciéndose de que estaba obrando tal y como debía hacerlo.

—«No puedo creer que los robots reparen nuestra nave. Más bien pienso que lo que pretenden es inmovilizamos para convertirnos en sus esclavos, para tener nuestras mentes a su servicio. ¡Pero no lo conseguirán! ¡Antes la muerte que convertirnos en simples siervos de unos malditos robots!»

* * *

P-307 apoyó las pinzas metálicas de triple sujeción en el panel de mandos y estableció contacto con su controlador. De la abertura de rejilla brotaron unos sonidos que se convirtieron rápidamente en mensaje inteligible, anunciando la salida del equipo de reparaciones elegido para proceder a los arreglos de la nave de los humanos.

—Retirada parcialmente la cápsula exterior para facilitar el trabajo a los H-D.

La respuesta de XO-2 fue de satisfacción.

—Seguiré informando del curso de las reparaciones que se efectúan por si hace falta algún otro elemento —indicó P-307.

Nuevamente recibió confirmación satisfactoria por parte de XO-2, que controlaba a distancia la operación que había de poner en condiciones a la nave de Aldebarán para abandonar Ciborz.

Los H-D habían sido programados previamente para detectar los desperfectos que podían haberse producido mientras la astronave surcó la peligrosa zona de los aerolitos. Y en el exterior del vehículo espacial se movían con su habitual eficacia, que no podía dar lugar al menor fallo o error.

Sin embargo, las coordenadas y parámetros establecidos por el Cerebro Electrónico Rector de Ciborz fueron interrumpidos violenta y repentinamente por la acción de los humanos.

P-307 transmitió inmediatamente la alarma.

—Del interior de la nave han . salido unos humanos provistos de dispositivos que arrojan chorros de líquido sobre nuestros HD... Los están rociando por entero... ¡Y es un oxidante acelerado!

Unos chirridos metálicos que parecían tener tonalidades angustiosas llegaron hasta el transmisor de XO- 2, el cual pasó

inmediatamente la comunicación a XO- 1 y al Cerebro Electrónico Rector.

Los datos que se pasaban a la perfecta computadora iban en aumento a medida que se desarrollaba la operación agresiva desencadenada por Kartosh contra los robots.

—El líquido pone en situación de inutilizables a los H-D... Los humanos avanzan ahora sobre la línea de protección establecida por los GZ... ¡Solicito urgente orden de actuación! ¡Nuestra supervivencia está en peligro!

Los datos computados a velocidad de vértigo proporcionaron una respuesta que resultó sorprendente para P-307.

—Orden de retirada inmediata de los robots no alcanzados por el oxidante acelerado.

—¿Orden de retirada? —repitió P-307 como si se negara a admitirla.

—Afirmativo.

Y acto seguido XO-2 añadió:

—Elimínese también la cápsula de protección de la nave para facilitar su marcha.

Chirriando de manera ominosa, P-307 transmitió aquellas instrucciones que habían de permitir que la nave de Aldebarán se alzara sobre la superficie de Ciborz y se alejase del planeta después de haber destruido mediante la oxidación a numerosos robots de las series H-D y GZ.

La cápsula de protección fue pulverizada en un santiamén y la astronave no tuvo ya ningún obstáculo entre ella y el cielo.

Un fuerte zumbido partió del vehículo espacial que, inclinándose en oblicuo, dirigió su proa hacia el espacio libre, elevándose a continuación y rebasando la ionosfera en cuestión de breves minutos.

* * *

Instalado en el puesto de mando, ejerciendo las funciones de capitán, Kartosh dirigió la operación de partida. Con gesto de satisfacción miró por la pantalla al planeta Ciborz, que estaba convirtiéndose en una esfera cada vez de menor tamaño hasta quedar reducida a un pequeño punto en el espacio.

Vuelto hacia Sri Makal, comentó:

—Ya nos hemos librado de esos malditos robots.

—Desde luego. Ahora sólo falta que encontremos el buen camino para llegar a nuestra Galaxia.

—Dudo que en eso tropecemos con mayores problemas. Lo importante era escapar y eso ya lo conseguimos. Lo que venga ahora será menos grave.

Sri Makal miró algo receloso al jefe de seguridad.

—¿De veras piensa así el capitán?

—Naturalmente. ¿Es que duda de mi palabra?

—No, claro que no… —se apresuró a decir el piloto—. Pero me sorprende que habiendo tomado una decisión tan importante no esté aquí, con nosotros.

Kartosh se encogió de hombros y pegó un bufido:

—Estaba agotado después de su entrevista con el Cerebro Rector de los robots. Por lo visto, lo dejó hecho migas.

—Sí, claro… Debió ser así.

Kartosh se dio cuenta de que el piloto no acababa de creer su versión de los hechos, y para desviar su atención del tema, le preguntó:

—¿Estableció el plan de retirada tal y como le dije?

—Naturalmente, Rehíce todo el trayecto desde que salimos de la zona de los aerolitos, estableciendo nuestro punto de retirada en la LONG 34 en vez de la 30. Creo que esa desviación bastará para mantenemos alejados del peligro.

—Me parece bien…

Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras Kartosh cuando se abrió la compuerta de la cabina y en ella apareció la figura del capitán Terdam que, apuntándole con el arma que empuñaba en su mano derecha, gritó:

—¡Queda arrestado, Kartosh, por insubordinación y agresión a un superior!

Mascullando una maldición, el jefe de seguridad dio un brinco y trató de arrojarse sobre el capitán que, sin vacilar, disparó a boca de jarro contra él, alcanzándole en el pecho y derribándolo sin vida.

Muy sorprendido, Sri Makal preguntó a su superior: —¿Qué sucedió, mi capitán?

Terdam señaló el cadáver y dijo:

—No sé si fue la ambición o que la locura hizo presa en él, pero cuando regresé de hablar con el Cerebro Rector, luego de saber que los robots nos ayudarían a marchar de su mundo tras haber reparado nuestra nave, me hizo tomar una cápsula sedativa y aprovechó que me quedé dormido para obrar como lo ha hecho. El capitán hizo una breve pausa y añadió:

—Me dejó encerrado en mi cabina, pero afortunadamente no se acordó de cortar las comunicaciones y pude contactar con la subteniente Vans, que avisó a Hanza Bsho, la cual acudió con varios hombres del equipo de vigilancia para liberarme. Ellos me informaron de lo ocurrido y de cómo se había agredido a los robots.

—¿Qué haremos ahora?

Terdam extendió la mano y pidió:

—Déjeme ver el plan de ruta que usted ha establecido.

Sri Makal obedeció y, luego de haberlo estudiado, el capitán ordenó a la subteniente Vans:

—Llame inmediatamente al planeta Cibor. Aún no estamos tan lejos como para no contactar con su Cerebro Rector.

Ante la sorpresa de sus subordinados, el capitán Terdam se puso al habla con XO-1, al cual, en tono grave pidió excusas por lo ocurrido, al tiempo que requería su colaboración.

—Mi piloto tiene establecido un itinerario para salir de esta Galaxia. Solicito confirmación por su parte de que no entraremos en la zona de los aerolitos donde, al no haberse realizado las reparaciones debidas, correríamos peligro de muerte.

XO-1 respondió al instante, en nombre del Cerebro Electrónico Rector.

—Computados los datos suministrados sobre el percance producido en la superficie de Ciborz tenemos convicción de que está diciendo la verdad. Quedan excusados los humanos una vez más por haber sido sorprendidos por la locura y ambición de un hombre. Transmitan datos del itinerario para su verificación.

Por indicación del capitán, Sri Makal efectuó la transmisión requerida.

Unos segundos después se recibía a bordo de la astronave una nueva comunicación de XO-1.

—Ruta incorrecta. Rectifiquen LONG hasta el nivel 36. Mantengan LAT en 110. Esa será la posición correcta para entrar en

su Galaxia sin sufrir accidentes.

—Gracias, XO-1. Una vez más.

La voz metálica de XO-1 llegó hasta los ocupantes de la nave de Aldebarán, impresionante en su mensaje:

—Repito que como humano que es no está obligado a dar las gracias a un robot cuando éste se limita a cumplir con sus leyes fundamentales, capitán. Usted ahora ya las conoce y nuestro Cerebro Electrónico Rector lo único que le pide es que dé cuenta de todo esto a las autoridades de Aldebarán para que no olviden en sus relaciones con los robots que nosotros nos atenemos siempre a luestras leyes, pero que no deben jamás situarnos en posición conflictiva respecto a ellas… si quieren garantizar su supervivencia.

—Lo haré, XO-1. Y aunque no esté obligado a ello, gracias una vez más.

El capitán cortó entonces la comunicación con Ciborz y vuelto hacia el piloto preguntó:

—¿Estableció ya el nuevo itinerario de acuerdo con lo indicado por nuestros amigos los robots?

—Sí, mi capitán…

—Bien. En ese caso… ¡vamos allá y que la suerte siga con nosotros!

Y la nave exploradora de Aldebarán aumentó su aceleración para volver a su mundo.

* * *

P-307 abrió los canales de comunicación al recibir el indicativo de XO-1 que le había informado de la conveniencia de pasar una notificación a todas las series de robots.

Las distintas líneas de elementos mecánicos automatizados quedaron establecidas en tomo al gran transmisor.

A través de XO-1 el Cerebro Electrónico Rector dio a conocer a sus «súbditos» los motivos de su decisión cuando permitió marchar de Ciborz a la tripulación de la nave de Aldebarán, pese a estar en condiciones de destruirla.

—Los robots no estamos sometidos a pasiones y sentimientos como las que agitan a los humanos. Estos padecen de graves deficiencias por dicha causa y es motivo de las guerras y luchas que

continuamente les obligan a enfrentarse.

La expectación mecánica en todo Ciborz estaba debidamente programada a fin de incluirse en la nueva constitución de los robots que, de ese modo, estarían en condiciones de hacer frente a cualquier nueva irrupción de humanos en su mundo.

XO-1 emitió varios chirridos y agregó:

—Todos nuestros recursos continuarán siendo utilizados en beneficio de la sociedad robótica creada por nuestro Fundador. Seguirán introduciéndose perfeccionamientos de forma que los cerebros electrónicos lleguen a asentarse en unidades diferenciadas, que de ese modo estarán capacitadas para tener un poder de decisión.

»No se tratará de un poder semejante al de los humanos —siguió diciendo XO-1— porque los circuitos de que dispondremos serán enteramente lógicos y regidos por las leyes matemáticas. Sin embargo, se establecerán así las bases de una nueva sociedad que será perfecta, puesto que en ella no habrá ninguno de los defectos que aquejan a las Humanidades que pueblan el espacio.

»En cuanto a la actuación desarrollada frente a la agresión de los humanos que se fueron en la nave de | Aldebarán, hay que hacer constar que, debidamente computados los datos que proporcionaron, se tuvo la absoluta certeza de que había una total imposibilidad de convivencia. Por eso, aun a costa de la pérdida de algunos robots, que no tardarán en ser reemplazados **f** por otros nuevos, e incluso más perfectos, el Cerebro I Electrónico Rector optó por facilitarles la marcha e incluso después se le suministraron los datos necesarios para que no tuvieran percance alguno. Con eso cumplimos con nuestras leyes fundamentales y evitamos que nos pudiesen perjudicar más.

Tras aquella explicación, XO-1 dio por terminada la comunicación general y ordenó la vuelta a sus funciones de cada robot.

Ordenada y metódicamente, los robots de las distintas series se pusieron en movimiento.

Todos y cada uno de ellos habían asimilado en sus circuitos las consignas que el Cerebro Electrónico Rector les había transmitido a través de XO-1.

Ninguno de ellos iba a discutir la decisión programada por la

eficiente computadora central.

Los robots no estaban programados para plantear la menor oposición a las normas que se estableciesen. No tenían que luchar por defender sus ideas o convicciones, porque carecían de ellas.

No eran humanos.

Sin embargo, lo que ninguno de aquellos robots estaba programado para saber era que, con la actuación que acababan de desarrollar en relación a los tripulantes de la nave de Aldebarán, habían dado actualidad a un viejo proverbio de otros humanos, los habitantes del planeta Tierra, que decía así: «A enemigo que huye, puente de plata.»

Y eso era, precisamente, lo que había computado su Cerebro Electrónico Rector.

Ante la posibilidad de la convivencia entre humanos y robots, éstos habían ayudado a aquéllos a que se fueran de su mundo, a que les dejasen en paz.

FIN